

12B (38-9)

JUVENTUD

Año I

Santiago, Julio y Agosto de 1918

N.º 1

Santiago Labarca.—Pedro Prado. — Arman-
do Donoso. — Agustín Vigorena. — Fer-
nando Alessandri. — Lautaro Gar-
cía.—Carlos Préndez.—A. Carri-
llo.—J. Schneider.—Rafael
de la Fontana.—Euge-
nio Amor.—W. U.



Editada por la Federación de Estudiantes de Chile



IMPRESA Y ENCUADERNACION
ESPAÑA EDITORIAL

— Calle de la Moneda, 843 —



FEDERACION DE ESTUDIANTES DE CHILE

ASOCIACION CENTRAL DE SANTIAGO

MESA DIRECTIVA DEL PERÍODO 1918-1919:

PRESIDENTE

Don SANTIAGO LABARCA LABARCA

PRIMER VICE-PRESIDENTE

D. JUAN GANDULFO GUERRA

SEGUNDO VICE-PRESIDENTE

D. ALBERTO ZAÑARTU CAMPINO

SECRETARIO

Don DONATO TORIELLO ANTONELLI

PRO-SECRETARIO

D. RICARDO MILLIAN IRIARTE

SECRETARIO DE COMISIONES

D. MIGUEL ANGEL VERGARA

TESORERO

Don JULIO RAMIREZ VARELA

PRO- TESORERO

D. ARTURO BIANCHI GUNDIAN

BIBLIOTECARIO

D. RAUL LOPEZ GUERRA

DIRECTORES

Achiardo Roberto
Adduard Luis
Araya Enrique
Baeza Clodomiro
Bianchi Arturo
Bravo Augusto
Carrasco Selim
Casali Arquimedes
Castagneto Santiago
Corda Martin
Cuevas Héctor
Chiorrini Humberto
Daudet Hugo
Gandulfo Juan
Garcés Miguel
García Desiderio
Greve Guillermo

Labarca Santiago
Lillo Eduardo
Molina Evaristo
Millán Ricardo
Meza Humberto
Molinos Vicente
Muñoz Armando
Muñoz Luis
Núñez Luis
Ortega Abraham
Ovalle Horacio
Paredes Armando
Puelma Guillermo
Ramírez Julio
Rendich Mateo
Rodríguez Carlos
Rojas Livio

Romero Max
Ross Bernardo
Schnake Oscar
Silva Diego
Soto David
Torriello Donato
Torres Néstor
Urzúa Waldo
Uthemann Kurt
Vallejos Ricardo
Vásquez Alejandro
Vergara Guillermo
Vergara Miguel
Wilson Jorge
Yunge Guillermo
Zañartu Alberto

DIRECTORES EXTRAORDINARIOS

Don CARLOS GUTIERREZ URRUTIA y Don PEDRO L. LOYOLA J.

CENTROS FEDERADOS

Agronomía
Arquitectura
Artes y Oficios
Bellas Artes
Comercio

Dentística
Derecho
Educación Física
Farmacia

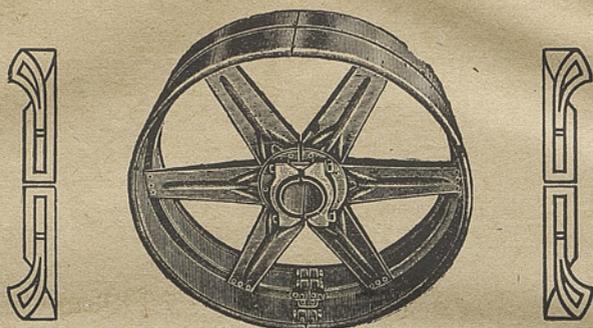
Ingeniería Civil
Ingeniería de Minas
Medicina
Pedagogía
Sub- Ingeniería

ASOCIACIONES PROVINCIALES

Atacama
Coquimbo

Valparaíso
Santiago

Nuble
Concepción



Se han vendido más
de 3.500,000 en todas
partes del mundo

Poleas de Acero Partidas

“AMERICAN”

y todo lo concerniente al
ramo de transmisión.

Fundición Libertad

Libertad 53 - 58 :: Santiago.

REDACCIÓN:
CLUB DE ESTUDIANTES

JUVENTUD

ADMINISTRACION:
CLUB DE ESTUDIANTES

DIRECTOR

WALDO URZUA

REDACTORES:

EDUARDO MOORE □ MIGUEL VERGARA □ LUIS GUEVARA

GERENTE: HUMBERTO CHIORRINI

PALABRAS INICIALES

Más que una simple revista, más que una simple publicación periódica, JUVENTUD tratará de ser la voz que concrete el sentir y el pensar de los universitarios.

Dos aspectos tiene la labor que desarrollaremos: uno en bier de la cultura y del mejoramiento de la colectividad estudiantil y otro que será algo como una contribución de nuestro esfuerzo, de nuestra constancia y de nuestra intelijencia, a la tarea constructiva de una sociedad como nosotros pensamos que debe ser: sana y liberal.

En ambos aspectos se nos presenta un vasto horizonte y un largo y difícil camino que recorrer. Los males sociales son muchos y profundos, y, aunque nuestro aporte sea escaso para lo que se necesita, tendrá, de todas maneras, el valor de un contingente de hidalguía, de desinterés y de entusiasmo.

Por otra parte, nuestra muchachada, a pesar de su laboriosidad y de su fé vibrante en el ideal, camina desorientada. Los hombres representativos, los maestros que podrian servirnos de guías, los sanos y sabios espíritus, callan, egoistas o medrosos, y se limitan solo a aplaudir nuestros jestos bizarros, cuando no los hieren, o a reprobar con palabras injustas nuestros errores. Y así, la Federación de Estudiantes, ha sentado fama de demoleadora. Pues bien, ha llegado la hora de probar que, si en un momento de noble rebeldía destruyó un prestigio falso o un prejuicio, tambien, los muchachos que forman en sus filas, saben y pueden construir.

Hace ya algunos años, iniciación que ha pasado a ser lewendaria, los estudiantes lanzaron un grito de juventud que estremeció a los débiles, a los graves, a los pesimistas, y, las calles de Santiago, se llenaron con la alegría de los rostros enharinados de los pierrots y de las colombinas, con los saltos inverosímiles de los clowns, con la jocunda risa y la variedad multicolora de los carnavales. Cansada de la seriedad y del escepticismo heredado, la juventud enseñó a reir.

Hoy, un aspecto de nuestra actividad se hace plenamente juicioso. Tendremos una revista que acoja en sus páginas la

expresión de la intelectualidad universitaria; una revista que tiene la pretensión de llegar a orientar los ideales de la muchachada; una revista que sea un exponente rotundo de nuestras actividades.

Y esta revista se llamará JUVENTUD. Como un penacho de combate, su nombre, será la más alta tribuna y el más alto prestigio de la Federación. Quienes quieran conocer, por sus páginas, a los estudiantes de hoy, encontrarán lo más valioso de ellos: su cerebro y su corazón.

Llenos de valentía y de honradez, lucharemos con la visera alzada, contra todo lo que juzguemos imperfecto o pernicioso. Nuestras armas serán las buenas, las sabias, las armónicas palabras; nuestro propósito, de cultura universitaria, de unión de todos los estudiosos y de todos los optimistas, en un potente núcleo que sea maestro y guía; que demuela y construya.

Ofrecemos, pues, estas páginas, a todos los laboriosos, muchachos y maestros. Hacemos un llamado a todos los de la buena voluntad; a todos los del amor al trabajo, del amor a las ideas, del amor a la juventud; hacemos un llamado a los artistas y a los poetas; que nos tiendan sus brazos fraternales en gesto de ayuda; que nos alienten y nos aconsejen con sus palabras y con su experiencia, si Juventud, alguna vez, involuntariamente, se desvía de la jornada recta.

Congreso de la Juventud estudiantil

La Federación de Estudiantes de Chile organiza un Congreso Nacional de Estudiantes al que se invitará a adherirse a alumnos y profesores de todos los establecimientos de instrucción tanto fiscales como particulares. A este congreso podrán presentar trabajos los profesionales que en él se inscriban.

Desde hace varios años se viene notando la conveniencia de celebrar una gran asamblea de la Juventud, sin distinción de credos ni doctrinas, en la que se debatan en forma levantada y ecuaníme los diversos problemas que la afectan. Hasta hoy la Juventud ha sido guiada en su acción por ideales más o menos nebulosos, muchas veces por palabras cuyo significado varía de persona a persona; de ahí el fenómeno, por muchos notado, de la especie de atonía, de indiferencia de los jóvenes.

El Congreso que se proyecta dará a nuestras generaciones un verdadero programa que realizar; los esfuerzos se concentrarán así, y la acción será más fructífera y provechosa.

Por otra parte, las recientes doctrinas pedagógicas reflejan la tendencia de dar, en la educación y en la enseñanza, un rol activo a los educandos mismos, en tal forma que la misión del maestro vaya circunscripta a llenar los vacíos, a sugerir los impulsos, a rectificar los criterios, a mantener, en una palabra, el fuego sacro de la labor mental de los alumnos; y, si, de esta suerte, llega a lograrse hacer de cada uno de ellos casi un auto didacta, lógico, natural es que la indicada propensión pedagógica tenga un eco y una aplicación, no tan sólo en la labor diaria de las cátedras, sino en la vasta esfera de la dirección general de la enseñanza pública.

De aquí que la Federación de Estudiantes haya resuelto convocar a este congreso; la Juventud conoce ya sus fuerzas, ha luchado año tras año sin descanso, y se hace necesario que, si así pudiéramos decir, se detenga un instante a contemplar la obra hecha, el camino recorrido, para sacar de la experiencia adquirida preciosas enseñanzas, nobles orientaciones que le sirvan de guía en la nueva jornada.

La I Sección del Congreso estudiará los ideales y orientaciones de la Juventud y su acción en cuanto a colectividad en la vida nacional.

La II Sección estudiará los planes y métodos de enseñanza primaria, secundaria y superior.

Inútil parece exponer la importancia y necesidad de esta

sección. En nuestro país no se han estudiado nunca métodos racionales de enseñanza, es decir, métodos que eduquen al individuo y lo transformen en un hombre provechoso a sí mismo y a la sociedad de que es miembro. Los directores de nuestra enseñanza se han limitado a importar métodos y planes alemanes o franceses, yankees o italianos, los que, como debía esperarse, han fracasado, produciéndose en los educandos prematuro excecpticismo que hace abortar los más bellos ideales.

La III Sección estudiará la «Reforma Universitaria», necesaria para convertir a nuestra Universidad en un plantel educacional que merezca el nombre que hoy pomposamente se otorga.

Cada una de las escuelas que forman la Federación tendrá una Sub-sección destinada a estudiar en detalle las mejores innovaciones necesarias para que su acción sea realmente eficaz.

La instrucción primaria, la secundaria y la especial, tendrán cada una, su sección independiente.

He aquí trazado a grandes razgos el bosquejo de los trabajos de este congreso; el Reglamento y detalle del mismo, son materia del estudio de una comisión.

Los acuerdos que en él se aprueben formarán el plan de la acción que desarrollarán los estudiantes; esta acción será entonces metódica, eficiente, tratará de hacer evolucionar nuestras instituciones y nuestra sociedad hacia modelos más perfectos y más justos.

SANTIAGO LABARCA.
Presidente de la F. de E.

Brunetiére y la bancarrota de la ciencia

Parece que Donoso no ha comprendido bien el pensamiento de Brunetiére, pues dice que «éste hablaba de la bancarrota de la ciencia en los precisos momentos en que se descubrían los rayos X, los metales radioactivos y se hacían los progresos más portentosos de la mecánica aplicada a la navegación aérea y de la electricidad».

ELIODORO ASTORQUIZA.

«Un filósofo de la Biología: Le Dantec.»

Hoy como ayer y talvez mañana como ogaño, la insoluble antinomia entre la ciencia y la fé seguirá dividiendo a medio jénero humano y haciéndose mas irreductible a medida que los progresos de aquella y el absoluto dogmatismo de ésta se acentúen y alejen cada día mas toda posible conciliación de valores y de ideas. Mientras la ciencia realiza sus progresos en una evolución constante, transformándose en el correr de la hora y hasta en el vuelo del minuto, la religión asienta sus fundamentos centenarios sobre principios inmutables, en dogmas para los cuales no rijen las nociones de tiempo ni de causalidad. Aquella es objeto de experiencia, de medida y de revisión cotidiana; esta no se manifiesta según datos apreciables o conocibles sino como una revelación de lo absoluto, de lo sobrenatural, de lo metafísico.

Las controversias entre religiosos y materialistas; entre hombres de fé y hombres de esperiencia han sido cuestión de todos los tiempos, desde Aristóteles a Gundisalvo; desde Giordano Bruno a Juan Servet; desde Bacon a Lavoisier; desde Nietzsche a Le Dantec.

¿Qué de extraño podrá parecer entónces que las hayan renovado en estos tiempos de libre cultivo del intelecto y de absoluta libertad de pensar, escritores como Fernando Brunetiére y hombres de ciencia como Marcelino Berthelot?

Formado en el culto y en las disciplinas de Comte, Spencer y Taine, el autor de «La evolución de los Generos en la Historia de la Literatura», estudió primero las ciencias naturales en Darwin yendo luego al seno de positivismo en un inquieto anhelo de buscar la segura verdad que le orientara en el obscuro problema de la evolución del espíritu humano. Pero, ni paciente ni serena, su curiosidad hostigada

por las imperativas interrogaciones de los problemas trascendentales, cejó en su empeño de profundizar primero el conocimiento de la vida en el estudio de las ciencias, prefiriendo remontarse con el gran par de alas de la religión, que elevan al hombre sobre si mismo, según el decir de Taine, hasta el objeto de sus desvelos: interrogar los eternos *como* y los oscuros *cuando*.

La influencia de Pascal contribuyó a anticiparle la resolución suprema de sus dudas; como Pablo de Tarsos sintió la revelación de Dios en mitad de su camino de Damasco.

De inquietud en inquietud, este hombre que vivió siempre preocupado ante el problema de nuestro destino (al hablar de Vinet ¿no se preguntaba, con los ojos puestos en Pascal: «no podemos creer que de todos los problemas el más importante y el más trágico para nosotros es el de nuestro destino»?) encontró en las obras de sus maestros la estrella que lo iba a guiar hasta su Belén ya cercano.

Porque en el fondo fué siempre Brunetiére un moralista y un moralista cristiano que vivió preocupado con las hondas tragedias cotidianas de la conciencia. El advirtió una profunda crisis moral en todas las aspiraciones de su siglo, que imaginó resultante de la árida especulación científica; de la relajación de las costumbres; de la falta de idealidad en la vida, del rebajamiento del arte; crisis que amenazaba seriamente los fundamentos de ese resto de virtud de que vivimos, según las palabras de Renan. Las implacables luchas políticas, la pretendida renovación de todos los problemas del espíritu, el materialismo imperante en la sociedad de fines del siglo pasado, hicieron posible su firme creencia en el renacimiento de una humanidad arrepentida que, cansada de aguardar algo que no llegaba nunca, volviese los ojos hacia la verdad cristiana.

Leon trece estaba entónces frente a la Iglesia: era el Pontífice humanitario que, a trueque de escandalizar a los teólogos celosos de los cánones incommovibles, abría el seno de la Iglesia a las inquietudes del siglo y bajaba hasta el pueblo en un santo anhelo de justicia.

Brunetiére llegó hasta él en acto de humildad, buscando el óleo santo de la Iglesia. Desde ese día pudo considerarse para siempre ligado a ella, aunque todavía le iba a restar por hacer su largo camino de perfeccionamiento antes de entrar al templo para ser unjido por la gracia. Mucho más tarde solamente estimó completo su aprendizaje cuando, en su discurso pronunciado en Besancon, declaró terminada su etapa evolutiva en aquellas palabras: «Si deseais saber lo que yo creo, id a preguntarlo a Roma».

Sin embargo, tras su viaje a Canossa, Brunetière no había hecho acto de contrición de sus antiguas ideas sino que, por el contrario, buscando en ellas un sólido punto de apoyo, trato de utilizarlas en beneficio de su nuevo credo, aún a trueque de no pasar por el mas ortodoxo en el seno de la Iglesia militante. (1) Y fué así como se dió el caso de poderse leer en sus libros, frecuentemente citado con respeto i dilección, el nombre de Darwin y en apoyo de sus ideas las doctrinas del positivismo y de la evolución, mientras reñía cien batallas *ad majorem Dei gloriam*: «La France, depuis Descartes, n'a pas eu de penseur plus original ou plus profond que August Comte, et l' Angleterre, depuis Newton, na pas connu de savant plus illustre que Darwin, ni dont la doctrine ait engendré plus des conséquences. J'admire donc Darwin, et Auguste Comte. Je les admire si fort qu' après avoir employé quelque trente ans de ma vie *à me les convertir en sang et en nourriture*, selon le mot d'un viel auteur j'ai formé le projet d'en employer le reste a tirer de l'originer des especès et de cours de philosophie positive, les moyens d'une apologétique nouvelle qu'on trouvera,, je le sais bien, non moins hasardeuse que nouvelle, mais dans l'avenir de la quelle je ne mets cependant pas moins d'espoir que de confiance.»

Ser positivista era para Brunetière una manera de ser católico, continuador en cierto modo de José de Maistre, ya que el autor de «Las Veladas de San Petersburgo» contribuyó a la formación del espíritu de Comte. (¿No dice en su *Catecismo* que para completar a Condorcet en el aspecto político, recurrió a de Maistre *dont je m'appropriai dès mon début tous les principes essentiels*?) Así, pues, los principios que Comte tomó en de Maistre podían muy bien llegar a ser los de Brunetière, ya que ellos contenían y desarrollaban los católicos o sean los del autor de «El Papa».

¿No se acercaba también decididamente al positivismo al tratar de probar que la ciencia no podía constituir un fundamento para la moral como podía serlo la religión? «Lo que yo he pedido al positivismo,—decía—o si se quiere a Augusto Comte, consiste en establecer de hecho que la moral no puede constituirse, justificarse ni mantenerse, indepen-

(1) Mas de algún comentarista católico y más de alguna dignidad eclesiástica, miraron a Brunetière con ojos poco indulgentes. Bastaría con recordar el caso del Obispo de Lydda, Henri Monier quien, al concederle el Imprimatur a un folleto sobre Brunetière, le escribía a su autor: «il faut bien se garder de les traiter en Docteurs et de se laisser captiver par leurs principes et leurs demivérités qui sont des erreurs contre la foi catholique»—J. A. Chollet: «Les idées religieuses de M. Brunetière, »Paris

diente de una religión; en segundo lugar esta religión, cualquiera que ella sea, no puede ser *natural*, ni *individual*, sino social y fundada sobre la afirmación de lo sobrenatural; y en tercer lugar, pero *accesoriamente*, establecer que a estas exigencias, formuladas y definidas por la ciencia, había respondido el catolicismo a través de la historia.»

Conservador profundo, Brunetière buscó en vano el espíritu de autoridad en la ciencia: «tenemos necesidad de un espíritu de autoridad que decida», exclamaba en uno de sus discursos de combate, y ese espíritu lo encontró al fin en la necesidad de creer, que es «no solo inherente sino esencial a nuestra naturaleza.»

Comenzó a creer, a buscar en el cristianismo las más altas normas morales, que fácilmente podrían conciliarse con las aspiraciones democráticas del siglo; y, profundizando en las enseñanzas del Cardenal Newman, llegó a explicar la posibilidad de progreso en el dogma: sin variar sustancialmente el dogma puede desarrollarse como el organismo que crece conservándose fundamentalmente idéntico, como la crisálida que oculta el secreto de la mariposa. Todo lo que el dogma contiene en jérmen puede ser susceptible de desarrollo, como en la semilla; mucho hay en él que debe ser mejor conocido e interpretado; sus obscuridades pueden ser aclaradas, siendo este desarrollo «compatible con la inmutabilidad de la creencia.» («Le papillon était pourtant dans la chrysalide, c' est bien la chrysalide qui es devenue papillon. Est-ce qu' elle a changé de nature? Mais, au contraire, vous le savez, elle a réalisé sa loi. Pareillement les dogmes; ils sont toujours en substance tout ce qu' ils sont seront, et cette substance ne variera pas... La vie du dogme et le progrès intellectuel dans le christianisme consistent donc ainsi dans une perpétuelle *adaptation* des mêmes vérités o des exigences nouvelles».)

Demasiado lejos fué talvez Brunetière en su afán de explicar la posibilidad de progreso en el dogma tratando de conciliar a la ciencia y a la Iglesia en una de sus teorías considerada entonces fundamentales: la de la evolución.

¿No suponía un comienzo herético el hecho de ir a buscar en el origen animal del hombre una interpretación científica para explicar la verdad del pecado original? Porque es menester no olvidar que para Brunetière Darwin paraba siendo al fin ni mas ni menos que un plagiaro de la Bibli, que encontraba, talvez sin pretenderlo, los fundamentos del evolucionismo en la fuente misma de la religión, resultando a fin de cuentas un curioso compromiso para ciertos católicos el hecho de saber ligada, la finalidad de una verdad dogmáti-

ca a la de una teoría que tantos consideraban en bancarrota.

Así se dió el ejemplo de que el darwiniano de antaño, el positivista de ayer, llegara al seno del cristianismo siguiendo el mismo camino que lo pudo llevar a la más radical de las negaciones religiosas.

*
* *

Fué un caso singular, de sinceridad digna del más alto respeto, el de este hombre tras de cuyas dudas se vislumbró siempre la sombra de Pascal hasta cuando, al hablar de Bossuet en su estudio sobre Voltaire, llegó a mostrar al inmortal obispo de Maux atormentado por las angustias de la duda «sudando, en el secreto de sus meditaciones, la agonía de la desesperación».

Al día siguiente de su peregrinación a Canossa, Brunetière hizo acto público de su nueva fé: y entonó su *mea culpa* mostrando descarnadamente el cambio de sus sentimientos y la nueva orientación de sus ideas en un artículo célebre, (1) grito de sinceridad que, para ser más apostólico, tuvo el carácter de una confesión y de un apóstrofe.

Y no fueron ni Darwin, ni Comte, ni Spencer, ni Taine las víctimas propiciatorias en el sacrificio; contra las cuales enderezó el nuevo sajitaro cristiano la más segura de las flechas, sino que la ciencia. ¡La ciencia, que otrora fuera el ídolo ante el cual rindió sus entusiasmos el ogaño ferviente converso!

Y el grito del neófito, que llegaba hasta el seno de la Iglesia, encontró un ecoruidoso; siendo acójido por unos como un advenimiento y por otros como un insulto, que había necesidad de lavar en siete aguas lustrales. Fué así como al día siguiente de la publicación, en la *Revista de Ambos Mundos*, de *Après une visite au Vatican*, en la que la entrevista a León XIII le sujirió a Brunetière algunas reflexiones a vuelta de las cuales proclamaba la bancarrota de la ciencia, («en cuanto toca a algunas de sus promesas» comenzaba por advertir, llegando por último a negarlo todo hasta pretender probar, sin anticiparlo por cierto, que la ciencia ha hecho crisis total) como Marcelino Berthelot daba a la estampa una carta en la que esponía su juicio al respecto, sin darse por aludido de las afirmaciones de Brunetière. La epístola encontró un eco entusiasta en la *Unión de la juventud republicana*, que propuso vengar el ultraje inferido a la ciencia organizando, tres meses más tarde, un banquete en honor de quien había salido

(1) *Après une visite au Vatican* publicado en la *Revista de Ambos Mundos*.

a romper lanzas por ella. Henri Brisson, presidente de la cámara y Poincaré, Ministro de Instrucción, aceptaron la presidencia y entre sus adherentes figuraban Leon Bourgois, Sully-Prud'homme, Ary Renan, Lockroy, Goblet, Freycinet, Clemenceaux, Zola, Rouselle, presidente del consejo municipal. (1)

El homenaje que se tributó a Berthelot fue el homenaje que se le rendía a la ciencia en el más alto de sus representantes: Berthelot que con sus descubrimientos, tras una vida consagrada por entero al estudio y a la experimentación científica, había contribuido como ninguno a mejorar no solo las condiciones de la vida sino que había hecho posible el estudio de ella probando la unidad de la materia, al demostrar que las leyes que rijen a la materia orgánica son las mismas que rijen a la materia bruta; Berthelot que, reaccionando contra cuantos se contentaban con aislar los principios inmediatos contenidos en los seres vivos para someterlos a descomposiciones y transformaciones sucesivas a fin de obtener compuestos binarios, había sido capaz de transformar la química con sus descubrimientos realizados mediante la experimentación y con la ayuda de los agentes físicos y químicos, obteniendo reacciones recíprocas entre los cuerpos simples; Berthelot que enriqueció la doctrina de la síntesis orgánica descubriendo nuevos métodos y tras pacientes cuanto jeniales trabajos sobre la termóquímica llegó a formular las nuevas teorías de la mecánica química; Berthelot cuyos admirables estudios de la glicerina, las azúcares y la fermentación, hicieron posible la fundación de la teoría de los alcohóles poliatónicos; Berthelot que enriqueció el estudio de la química inorgánica; Berthelot, en fin, encarnación de todos los progresos de la ciencia ¿podía permanecer indiferente ante aquella voz dogmática que, desde la alta tribuna de la *Reveu de deux Mondes*, proclamaba la bancarrota de la ciencia?

Sereno y fuerte, con la conciencia del hombre de laboratorio y del lógico inflexible, habló Berthelot de la ciencia y su palabra movió también otros juicios y otras plumas en resguardo de sus fueros, contra quienes se resolvió airado Brunetière en un artículo grotesco que, el mismo día del banquete, daba a la estampa *Le Figaro*: «Por qué tantas respuestas y refutaciones; —escribía— réplica contra réplica; bromas bajas; injurias e insultos? ¡Tanto ruido; por un simple artículo

(1) No sin cierta picardía ha recordado Albert Chérel, en una nota a las «Lettres de combat» de Brunetière, que la invitación al ágape de desagravio llevaba la siguiente significativa dedicatoria: *Homenaje a la ciencia, fuente de libertad para el pensamiento.*]

de un escritor *si pateux*; publicado en una revista tan poco leída; ¡Y, finalmente, un banquete tan suntuoso, a cien centavos por cabeza, con café, coñac y cigarro; ¡Presidentes y Ministros; senadores y diputados; consejeros municipales; poetas y novelistas; pintores, escultores, médicos, abogados, profesores, Homais y Carlos Bovary; Bouvard y Pécuchet!»

Si Brunetière creyó haber puesto el dedo en lo mas sensible proclamando la bancarrota de la ciencia («Il faut bien que j' aie touché plus juste qu' on ne le veut bien dire. On ne crierait pas si fort si l'on ne se sentait atteint quelque part») Berthelot y cuantos le siguieron después repararon con creces el daño que imaginó haber ocasionado el celoso nuevo Prometeo guardador del fuego de las verdaderas cristianas, mas desgraciado que el otro Prometeo mitológico, pues sin olvidar un instante el tesoro puesto bajo su custodia, fué enclavado contra la roca para solaz de modernas y más seguras aves olímpicas.

*
* *

¡La bancarrota de la ciencia! Cuán irónicas resultaban estas palabras que Brunetière estampó a vuelta de eusperismos y concesiones en los precisos momentos en que esta realizaba sus más señalados progresos. La ciencia ha perdido su prestigio, afirmaba rotundamente este hombre que en sus años postreros trató de quemar cuanto antes había adorado; la ciencia, decía al prometer soluciones para todos los problemas tanto del orden natural como del sobrenatural, ha caído en el mas ridículo de los descréditos ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos? se preguntaba, angustiado, este terrible pascallano, respondiéndose a si mismo que ni los telescopio, que sondan el espacio sin límites, ni los microscopios que acechan el latido inicial de la vida en lo infinitamente pequeño han podido descifrar el enigma supremo.

¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos? ¿Que naturalista, medianamente enterado de los conocimientos que actualmente hasta un escolar tiene de la naturaleza y de la vida, no es capaz de darse cuenta de que apenas significa mas que un instante de equilibrio; una forma pasajera en la evolución cósmica; un conglomerado de células, cuya historia ni siquiera resulta apreciable en la vida universal.? ¿De dónde venimos? Tal vez de una síntesis orgánica casual; de una porción de materia en transformación; de una energía inicial que, como el huevo mitológico encierra la historia del mundo. ¿A dónde vamos? A continuar la transformación de la materia de la cual somos la más insignificante aunque no menos soberbia

de las parcelas, que irá a florecer mañana talvez en la blanca rosa de un rosal o reventar en las frescas yemas de un duraznero.

Sin embargo, para un hombre de fé como Brunetière estas razones no pasarían de ser más que simples y muy repetidas audacias ya que, según su afirmación nada se ha logrado probar en cuanto toca a las teorías de la evolución o del transforminismo. Las obras de Darwin y de Haeckel no pasan de ser más que «novelas científicas», pues no se ha comprobado «que las especies animales varíen ni siquiera que ellas se transformen»; sabemos que la concurrencia vital y la selección natural son nada más que puras palabras y no se ha probado que el hombre desciende del animal» ¿Qué nos han enseñado sobre el problema de nuestra finalidad la anatomía, la fisiología y la embriología? Nada. ¿Cómo es posible cuando estas habían prometido explicarnos el conocimiento de nuestra naturaleza y por ende el de nuestros destinos? En vano recorro a los libros hasta ahora consagrados, en cuyas páginas avidamente he buscado la respuesta para mis dudas, sin lograr avanzar nada: la ciencia es incapaz en darnos una explicación o una interpretación aceptable del universo y es incapaz de satisfacer nuestras inquietudes.

¿Para qué sirve entonces la ciencia? ¡No hay dudas! La ciencia está en bancarrota.

¡La ciencia no ha logrado despejar una sola de las eternas incógnitas! ¡La ciencia está en descrédito! La ciencia es... inútil: le faltó agregar a Brunetière y solamente no lo dijo recordando que, en un raptó de jenerosidad había afirmado antes que la ciencia es soberana en sus dominios como la religión en el suyo, lo cual no obsta para que crea que una obra de Darwin o de Haeckel no pasa de ser más que una simple novela científica y que en el prefacio a la traducción francesa del libro de Balfour («Foundations of Belief») afirme—¿cómo solía afirmar este dogmático incorruptible!—que «no son ya tan solo los *profesionales*, teólogos o moralistas, predicadores o prelados, comprometidos bajo juramento en la defensa de la ortodoxia, quienes denuncian las usurpaciones de la ciencia», sino que hasta los propios pensadores que en un tiempo aceptaron su tiranía: un Julio Payot, por ejemplo, que asegura que «mientras mayores progresos realiza la ciencia más se aleja de la realidad para perderse en la abstracción; un Benjamin Kidd, que asegura que la ciencia no tiene que respuesta dar a los problemas de nuestro tiempo».

Y sin mucho apurar el razonamiento, de ciertas palabras de Huxley deduce Brunetière análogas declaraciones. Los ejemplos podrían multiplicarse ya que desde hace quin-

ce años «que suman en el siglo del ferrocarril y del telégrafo —escribía esto Brumetière en 1896— un tiempo sobradamente estenso en la historia de las ideas», algo se ha cambiado en la estimación que se tenía por la ciencia: «Se la admira aún pero ya no es el ídolo exigente y tiránico ante el cual se nos imponía el sacrificio de todo». Claro está que continuamos valiéndonos de sus servicios, de los que les estamos reconocidos, pero de ahí a cifrar en ella todas nuestras esperanzas, media un mundo. ¡Por doquiera advertimos sus limitaciones sin necesidad de recurrir al microscopio o a los Rayos Roentgen! La ciencia es incapaz de fundar una moral e incapaz «en fin de substituir la religión en la evolución social de la humanidad».

¿Para qué puede servir entonces la ciencia? ¡La ciencia está en bancarota!

¡Y hay quienes niegan, arguye Brunetière, que la ciencia haya prometido explicarnos el universo o darnos una interpretación de él! «Yo preguntaría—escribe—lo que quería decir el ilustre autor de «La mecánica celeste» y de la «Exposición del sistema del Mundo» cuando, interrogado sobre el fin que le reservaba a Dios en sus especulaciones, respondió que *no había tenido necesidad de esta hipótesis*. Los que creemos entender cuanto él afirmaba estamos en lo cierto al asegurar que el no hacía otra cosa sino decir que el sistema del mundo se explica íntegro según el mecanismo de las causas actuales». Y, salvando más aún la distancia del tiempo, ¿qué pretendía decir el no menos ilustre autor de la «Química orgánica fundada en la síntesis» cuando aseguraba en el prefacio de una de sus recopilaciones que *se acabó el misterio*?

¡Pobres, inocentes Laplace y Berthelot! ¡El terrible Torquemada les ha dejado en descubierto! ¿Acaso todos no sabemos que la ciencia no ha pretendido otra cosa que formular una interpretación del universo? ¡Pero si el sólo título del «Cosmos» humboltiano bastaría para probarlo!, responde Brunetière. Porque, es claro, si esta no fuese la finalidad de la ciencia ¿cuál sería entonces su objeto? ¿Qué fines perseguiría? «Una reunión de datos puede ser más útil pero no más interesante ni más instructiva que una colección de estampillas o de conchas». ¿Y las leyes trascendentales, y los principios eternos que han permitido descubrir estos simples y despreciables datos? ¡Puras ilusiones! La ciencia, para darle siquiera sea cierta unidad a sus concepciones del universo material; para introducir un principio de orden en el caos de sus conquistas, se ha visto obligada a recurrir a la intervención de otro poder diverso por su naturaleza y orién al suyo. De este modo el físico tiene que inspirarse en Aristóteles y el químico en Spinoza! Y reaparece la cuestión de llegar a saber «si creemos

en la existencia de las leyes de la naturaleza porque la experiencia ha descubierto laboriosamente algunas de ellas, o si las hemos descubierto porque estábamos convencidos que debían existir».

¿Para que más? Lo único que le restaba por concederle a la ciencia o a los hombres de ciencia, la probidad, el desinterés, desaparecen ante esta afirmación rotunda. ¡Las leyes de la pesantez, de los gases, de las equivalencias, de la tensión de los vapores, de la gravitación, descubiertas para justificar un convencimiento anterior! Solo así, después de un postulado tan categórico, se comprende que Brunetière hablase de la revancha del idealismo o de la victoria de la metafísica y de la bancarrota de la ciencia.

Pero ¿no bastan estas reservas para justificar el proceso de la ciencia? Ahí están los éxitos de la terapéutica, afirma Brunetière, que cada veinte años cambia de sistemas y procedimientos, fundándose en absurdos principios de causalidad morbosa, que antes fueron aceptados como evidentes y que no han logrado disminuir la mortalidad complicando en cambio los procedimientos curativos sin conseguir explicar ni aún rudimentariamente los más elementales principios de la embrojenia, el contagio, el atavismo; ahí están las ciencias físicas que han pasado por el bochorno de aplicar la luz y la electricidad sin haber dado aún una cabal definición de las mismas o de sus agentes productores; ahí están las demostraciones físico-matemáticas que, para probar que las oscilaciones del péndulo son isócronas, han debido desarrollar un teorema en que era preciso desprestigiar una cantidad pequeña para que resultase probada y evidente la proporción principal.

¿Cuánto no se ha avanzado en menos de veinte años en el estudio de la electricidad y de la luz? ¿Se podría hablar de que se ha pasado por el bochorno de saberlas aplicarlas sin haberse dado aún una definición de ellas cuando se han realizado estudios tan admirables sobre la electricidad y por ende se conoce ya una teoría tan fundamental como es la electromagnética de la luz?

¿Tiene derecho para formular un aserto tan rotundo quien no solo ignora las ideas de hace cien años de un Thomas Young, en las que se establecía que la luz no es sino un movimiento ondulatorio del éter, sino que desconoce las de Sorentz; las de Hertz, que encontró y midió las ondas eléctricas e hizo posible la teoría electromagnética de la luz? Y, apurando el razonamiento, ¿caso no se podrían reducir a simples fenómenos eléctricos los de la luz y de la materia? Quien afirma un tan cabal desconocimiento no solo de cuanto se sabe de la luz

sino que aún de todo lo que se ha logrado estudiar sobre la electricidad, arguye no tener noticias siquiera de una teoría ya tan avanzada como es la de los electrones, que da la medida de una las conquistas más significativas de la ciencia; y quien dice electrones dice energías del éter, inconsútiles emanaciones que son cual diminutos vórtices de cargas eléctricas, cuya fuerza interna talvez se derivó originariamente, según la observación de Lord Kelvin, de las altas temperaturas reinantes cuando se congregaron para formar los átomos.

Pero, colocándose en un caso de extremo pesimismo, cabría preguntarse ¿sería lójico juzgar la ciencia por lo que existe en ella de rudimentario, de incompleto aún, olvidando todas sus posibilidades futuras de progreso? De cuanto tiempo data el estudio de la electricidad? ¿De cuánto los trabajos de Malpighi y Grew sobre estructura orgánica? ¿Cuántos adelantos no se han realizado en las investigaciones del contagio, que han permitido estirpar las epidemias infecciosas en las ciudades y en las rejiones donde la vida humana necesita perpetuarse? Apreciar lo que pueda ser capaz de dar la ciencia por lo que ha realizado en sus comienzos, sería como limitar en las aptitudes del niño las que pueda desarrollar más tarde el hombre.

Más, a qué afanarse en probar nada cuando para Brunetière la ciencia está en bancarrota. Lejos de nosotros ¡oh matemáticas! ¡oh física! ¡oh medicina! ¡oh termoquímica! Berthelot, Metchnikoff, Curie, Ramon y Cajal, Koch, Le Dantec, Lister, Painlevé, *ont tort!* El misterio nos circunda, nos estrecha y su misma incompresibilidad, que decía Malebranche, debe ser una prueba de su existencia. Por lo menos así lo cree y lo afirma Brunetière. ¡Y ante el misterio nada vale la experiencia y es una cosa inútil la ciencia! ¿Qué hacer, entonces? Tengamos fé porque ella no trata de explicarse las cosas sino de crearlas solamente: no es talvez una forma analítica, razonadora del conocimiento, sino que una expresión del conocimiento absoluto.

*
* *

Recordando el concepto de ciencia y la interpretación de lo relativo y de lo absoluto dado por Comte, afirma Brunetière que, bien comprendida la doctrina de la relatividad del conocimiento «no es, a decir verdad, más que la expresión misma de las condiciones objetivas del conocimiento». Pero, cabría preguntarse a su vez ¿cuáles son los límites de esas condiciones objetivas? ¿Acaso bastan, para darse cuenta de lo que la ciencia puede ser capaz de realizar en un lejano futuro, los doscientos años que van corridos desde los días de Lavoisier,

durante los cuales ella se ha encauzado definitivamente por la vía experimental? ¿Cómo hablar de la relatividad del conocimiento si se ignora cuanto la ciencia pueda dar en un tiempo relativamente suficiente para que llegue a su completo desarrollo?

Más, olvidando toda posibilidad de progreso, Brunetière corrobora la anterior sentenciosa, afirmación del positivismo, diciendo que nada conocemos que no sea relativo; nada «cuyo carácter no esté determinado por nosotros, o cuya definición no nos haya sido dada por sus mismas relaciones en vez de sérnoslo por su esencia».

Es preciso cavilar un instante y recordar al azar un principio científico cualquiera para justipreciar la antojadiza suficiencia que entrañan estas palabras. ¿Qué esencia, primera causa o noción ulterior, buscaríamos en un principio tan claro como es el de la equivalencia mecánica del calor, descubierto por Carnot? ¿Acaso el secreto de esa esencia residiría en alguna de las posibilidades aún ignoradas de la energética?

No tienen razón aquellos que en nombre de vanas inquietudes se afanan en proclamar a todos los vientos el fracaso de la ciencia; de la ciencia que es suma y expresión de las facultades humanas; de la ciencia que, por vía indirecta, nos acerca cada día más a la cristiana humildad pues nos enrostra, con sus lecciones, nuestra inútil pretención de reyes del universo cifrada acaso en que sobrellevamos, nuevos Atlantes con el mundo sobre las espaldas, la desgracia de nuestra conciencia y el milagroso poder de convertir en expresiones articuladas los sentires vagos que espresan las tristes inquietudes de cada hora.

Tan poco representamos en verdad; tan insignificante fenómeno somos, que ni siquiera llegará a registrarse la historia de nuestra existencia el día en que, debido al azar de una simple desviación en una nebulosa o de una alteración en el equilibrio universal, que hace posible nuestra vida, desaparezcamos como una brizna del concierto cósmico.

¿De qué nos habrán servido la tortura de nuestro pensamiento; las obstinaciones de nuestra voluntad; las creaciones de nuestra inteligencia? ¿Acaso nos habrá sido posible retardar en un segundo siquiera la marcha fatal del tiempo? No menos breve que la nube, que la flor, que el viento o que el amor, que siquiera puede prolongarse en la perpetuación del hijo, habremos pasado como todo lo que pasa y seguirá pasando constante, eternamente, sin alterar nada, sin integrar nada, sin perpetuar nada que no sea más que la efímera continuidad del momento; de la energía inicial en transformación constante.

Pero, mientras esto sucede, busquemos siquiera la insignificante certidumbre de conocer sin engaño; sin vanas ficciones antropomórficas. Nada creemos y nada nos es dado agregar a la realidad, ya que el hombre en medio de la naturaleza solo existe como una humilde e insignificante expresión de la vida, no con el carácter de un conquistador sino que con la fatal subordinación ancestral que lo determina a una energía que en él es forma pasajera, expresión mutable y efímera de otro momento, de otra concreción, que ni siquiera prolongará su recuerdo.

Procuremos solo penetrar en la realidad que nos rodea inquiriendo en ella las causas que justifican nuestra existencia y no yendo a buscar una representación nuestra, manera sofisticada de encontrarse a sí mismo, sino que tratando de conocer impersonalmente los resultados de la experiencia, de la medida científica, únicas formas que harán posible el conocimiento de la realidad ambiente.

¿Quién podrá hablar de las limitaciones de la ciencia cuando el tiempo corrido desde los días de Bacon o de Lavoisier apenas si suma un segundo en la fuga del tiempo? Quien quiera que, como ayer Brunetière, hable de la bancarrota de la ciencia se espondrá a recibir el desmentido brutal que sufrió Augusto Comte cuando, tras afirmar perentoriamente que los hombres jamás conocerán la química de las estrellas, Fraunhofer y Kirchhof realizaban el análisis de la luz estelar, valiéndose del espectroscopio, y hacían posible ese conocimiento que, para el autor del «Catecismo Positivista», era poco antes una utopía.

*
* *
*

¿Qué oculta esencia iríamos a buscar en la ley de la asimilación funcional, formulada por Le Dantec, que explica el funcionamiento vital en su expresión más simple? ¿Talvez el secreto de dicha esencia se oculta en la aún desconocida primera síntesis vital o es el más remoto principio del equilibrio?

«No conocemos el calor o la luz sino como función del movimiento», afirma Brunetière para corroborar su duda anterior, olvidando que si se ha podido formular una teoría como la electro-magnética de la luz y no son para nadie un misterio el estudio de la termodinámica; las investigaciones de Fourier, de Dulong, de Petit, de Schlesinger, de Richard, de Despretz y todas las teorías físico-matemáticas del movimiento, no podemos asegurar rotundamente que sólo sabemos que la luz y el calor son funciones del movimiento, como anticipando en tal reserva un casi total *Ignorabimus* al respecto.

Pero como esto no es suficiente, apurando más aún su fácil dialéctica que no encuentra obstáculos, exclama por fin Brunetière: «Nada sabemos pues del absoluto».

¡Nada sabemos pues del absoluto! ¿Acaso existe el absoluto, noción puramente metafísica para la ciencia? ¿O será que el conocimiento, auxiliado por el método científico, ha probado ya su total impotencia para explicarse los eternos *cómo* y los eternos *cuándo*?

No, no puede ser objeto y fundamental preocupación de la ciencia lo noción metafísica de lo absoluto, que no pasa de ser sino una simple variante de la noción de Primera Causa o de lo noumenal kantiano; una repetición de los problemas teológicos de la escolástica.

¿Acaso la explicación total del mundo seguirá siendo aún inaccesible para la ciencia el día en que sus métodos hayan alcanzado su completo perfeccionamiento? Para Brunetière semejante probabilidad tendría el carácter de una blasfemia porque es preciso no olvidar que este pascaliano intransigente sólo concibió la ciencia como sistema de relaciones que no pasan de ser, en cierto sentido, más que signos y lo que expresan esos signos lo ignoramos como no sabemos lo que expresan los caracteres de una lengua desconocida. Y guardémosnos bien, si pretendemos aducir testimonios suficientes para demostrar lo contrario, de recurrir al dato científico, a lo comprobación matemática, a los resultados de la experiencia, porque Brunetière se encargará de probarnos sobre tabla que ello equivale a proclamar anticipadamente el reconocimiento tácito del misterio, pues él está convencido que cada vez que se termina una discusión filosófica apoyándose en el dato «es porque no setiene nada más que decir». El cree que a la ciencia de los datos sólo deberá pedírsele el conocimiento de los datos y nada más, como si no fuese esa miserable ciencia de los datos, sometida a las inducciones de la lógica, la que ha bastado para formular las leyes fundamentales de la ciencia. Más, para un pascaliano cuyas verdades comienzan en las secretas voliciones de su vida emotiva, ¿qué importancia puede tener que se haya logrado verificar que en la reflexión el rayo luminoso incidente y el rayo reflejado están en un plano análogo que la normal en la superficie, formando con ella dos ángulos iguales? ¿Ni qué interés trascendental la teoría de la elasticidad en la hidrostática; el estudio de la expectroscopia; la radioactividad del uranio; el conocimiento de los cuerpos vivos desde el punto de vista químico y energético o las experiencias de Ampère y Faraday, fruto de sus estudios en la acción de las corrientes sobre los fenómenos de inducción, con lo cual

prepararon involuntariamente el camino para las máquinas electromagnéticas?

Datos y más datos y luego principios y leyes nacidas de esos datos. Sin embargo y a pesar de todo el dato no viene a ser más que un simple obstáculo para las expeculaciones del razonamiento, nos dirá Brunetière: el dato acusa la total impotencia para ir mas lejos. Metafísicamente mas léjos valdria la pena agregar.

¿Para qué más? El razonamiento y talvez la imaginación creadora o la intuición fantasista pueden alcanzar más lejos y ser más eficaces las pruebas de la experiencia que la medida científica. ¿Para qué desvivirse entonces en perfeccionar el método científico, que nos permitirá explicarnos la realidad que nos circunda? Prestemos mejor el oído atendo a esos dialécticos sutiles de que hablaba Emilio Picard, que en una época en la cual surgen tantas crisis han pretendido probar que existe una crisis de la ciencia; seamos con ellos pragmatistas y olvidándonos de todo contentémosnos con el sólo perfeccionamiento moral de la humanidad y como no existe moral sin religión y religión sin Dios, procuremos fortificar en nosotros la fe que salva las distancias, horada las montañas y nos lleve en un vuelo de infinito a remontarnos hasta la única verdad absoluta. ¡Ya sabemos que la ciencia es falaz; que ella jamás nos explicará el problema de lo absoluto y al prometer soluciones para todos los problemas tanto del orden natural como del sobrenatural, ha caído en el más ridículo de los descreditos! ¡Ya sabemos pues que la ciencia está en bancarrota!

*
* *

Muchos años de incertidumbre y de simples conjeturas habrán de pasar aún para la ciencia pues los tiempos que corren son días de constante revisión de sus valores. Y este proceso de rectificación no será más que un aspecto de sus progresos aunque a un Brunetière pueda aparecérsese como prueba de insuficiencia al abordar los problemas de la naturaleza y de la vida.

Por el momento es perfectamente explicable que la ciencia tienda a particularizarse limitándose a la rigurosa especialización de sus disciplinas, alejándose más y más de los llamados problemas trascendentales, no con el ánimo de rehuir su solución sino que tratando de llegar hasta ellos tras el proceso de una constante aproximación convergente que, partiendo de los resultados de la experiencia, irá hasta el fondo de todas las verdades.

Y mientras la ciencia aborda paso a paso el estudio de la naturaleza y de la vida, su problemas últimos serán objeto de

hipótesis metafísicas que constituiran un nexo de probabilidad entre lo esperiencial y lo momentáneamente inexperiencial, ya que los progresos del conocimiento, ayudados por el método científico, no se podrán realizar a saltos sino que recorriendo íntegra la escala de todas las experiencias y en sucesivas aproximaciones que se irán acercando a un número de verdades que serán la suma de otras innúmeras verdades parciales. Mientras esta evolución se verifica la ciencia no podrá tener sino un valor circunstancial, que estará en razón directa con las mayores conquistas obtenidas; será el símbolo de Proteo, eternamente mudable y constantemente perfectible.

Y talvez hayan de transcurrir aún muchos años de constante revisión para la ciencia, durante los cuales no hará sino perfeccionar sus disciplinas y sus métodos ántes que pueda contestar satisfactoriamente a las perentorias interrogaciones de quienes como Brunetièrre o Balfour quisieran tener una inmediata respuesta para el problema de los orijenés y los fines cuando la física, la química, las matemáticas y la biología comienzan a entrar en un terreno propicio de seguras experiencias.

Más, como la resolución de estos problemas estará en relación con la marcha del tiempo, durante muchos años se dejarán oír todavía las voces de sirenas que clamen preguntando por el término del viaje cuando aún se está en sus comienzos.

No faltarán los escépticos de mañana que, como el autor de los «Discursos de combate», griten que el misterio nos rodea y que no bastan ni las leyes de la física ni los resultados de la fisiología para sondear las rejiones de lo desconocido; no faltarán quienes como Brunetièrre, junto con volver los ojos hacia Dios, proclamen el fracaso de la ciencia, la inseguridad de sus métodos, su bancarrota ante el eterno problema del ser y del no ser; no faltará un ilustre converso que haga recordar al Dante tras su regreso del infierno, al contar la estraña aventura de su antigua creencia, mientras entona su *mea culpa* proclamando que la ciencia ha hecho crisis porque aún es incapaz de darnos una representación total del universo; porque no puede responder a los problemas de nuestro tiempo; porque es incapaz de sustituir a la relijión en la evolución social de la humanidad; porque aún no se ha estudiado completamente la causalidad morbosa; porque no se conocen los agentes productores de la luz y la electricidad; porque la teoría de la evolución no ha conseguido probar de donde venimos; porque ni la antropología, ni la etnografía, ni la lingüística podran decir lo que somos; porque las ciencias naturales tampoco habran de esclarecer a donde vamos; porque ni la anatomía, ni la psicología, ni la embriología han conseguido esplicar el secreto de

nuestros destinos; porque la ciencia há perdido su prestigio mientras la relijión ha recobrado el suyo; porque han sido impotentes las ciencias físicas y naturales para suprimir el misterio; porque el desarrollo de la industria, auxiliado por la ciencia, ha contribuido en nuestro tiempo a agravar la desigualdad entre los hombres; porque no se ha probado que las especies animales varien ni que se transformen, ni que la concurrencia vital o la selección natural pasen de ser más que pura palabrería.

Por todo esto habrá razón para asegurar que la ciencia ha hecho bancarrota mientras la relijión (poco gustaba Brunetiere hablar de catolicismo) ha reconquistado todo el terreno perdido y su total prestigio.

¡No podia ser de otro modo! Tenia que llegar hasta el seno de la Iglesia quien como Brunetiere mientras estudiaba a Darwin y a Comte tenia los ojos fijos en Pascal. Con razón exclamaba alguien que conocia sus incertidumbres: «¡Se le encontrará algún día ahorcado frente a un crucifijo!» Sus angustias supremas, su desesperación ante el abismo de los problemas del destino, le mostraron su ruta, segun recuerda Melchor de Vogüé: «consuélate: no me habrias encontrado si no me hubieras buscado.»

ARMANDO DONOSO.

A. D.

En los 8 a 10 años que lleva vividos en el mundo de las letras, este jóven escritor no ha cesado un instante de enriquecer su ya voluminosa producción. Artículos de crítica, estudios históricos y filosóficos, ensayos de índole diversa, todo lo ha intentado y realizado con especial acierto su pluma ágil e infatigable.

Cultura vasta, en ocasiones minuciosa hasta la erudición, y un amor y capacidad admirables para el abrumador trabajo mental, han hecho de su personalidad una de las más atrayentes y respetadas de su generación.

Gran conocedor de la literatura alemana, y explorador novedoso y diestro de todas las épocas y de todos los jéneros y tendencias. Recientemente ha podido ofrecernos en un volumen bien estudiado y hermosamente escrito (La Sombra de Goethe) sus impresiones de lector artista e inteligente,

Señalaremos algunos de sus libros más conocidos: «Los Nuevos» (crítica literaria). «Bilbao y su tiempo». «Un filósofo de la Biología: Le Dantee» «Lemaitre», «Menendez y Pelayo», ect....

La Nacionalidad

La nacionalidad, desde el punto de vista de las personas, es el vínculo jurídico que une un individuo a un Estado determinado.

La nacionalidad impone obligaciones recíprocas al Estado y al individuo, el Estado concede a sus nacionales los derechos políticos y civiles; la protección de sus leyes y debe defenderlos en el extranjero. Por su parte el individuo tiene la obligación de observar las leyes del Estado a que pertenece, de cumplir con los deberes que le impone su Patria y de aceptar los castigos que se le impongan por las infracciones cometidas fuera del país.

Generalmente los publicistas americanos, y aún en ciertas ocasiones los Gobiernos, han considerado a la nacionalidad como sinónimo de ciudadanía y han creído que se pierde aquella cuando las Constituciones establecen que se pierde ésta. Nosotros, por el contrario, creemos que dichas constituciones no se han preocupado de determinar las causas por las cuales se pierde la nacionalidad; se han limitado ellas únicamente a establecer de una manera precisa quienes son nacionales para ver, enseguida, quienes son ciudadanos y determinar las causas que hacen perder la calidad de tal, sin que esta pérdida lleve consigo la pérdida de la nacionalidad.

La ciudadanía es la aptitud de un individuo para ejercer ciertos cargos públicos o para ejercer ciertos derechos políticos, de los cuales el derecho de sufragio es el más importante. La calidad de ciudadano supone la nacionalidad, porque ciudadanos son solamente una parte de los nacionales.

2. Las cuestiones relativas a la nacionalidad forman parte del derecho público o constitucional de cada Estado, pero como en muchos casos tienen íntima relación con el derecho privado, se trata especialmente de ellas en algunos de los Códigos europeos. En general, puede decirse que las legislaciones extranjeras hacen una diferencia bien marcada entre los extranjeros y los nacionales concediendo únicamente a estos últimos el goce de todos los derechos civiles.

El estudio de la nacionalidad no pertenece al derecho internacional; pero, como dice Bluntschly, «del hecho de que un individuo sea ciudadano de un Estado y de que esa calidad deba ser respetada por otros Estados, se derivan ciertas consecuencias de que debe ocuparse el derecho internacional». Los principios del derecho internacional privado, como ve-

remos después, se aplican en los casos de anexión de un territorio a otro y cuando el Tribunal encargado de resolver cuál es la nacionalidad de un individuo, reclamado a la vez por dos o más Estados, no pertenece a ninguno de los Estados afectados por el conflicto de las leyes. También debe atenderse a los principios del derecho internacional siempre que no haya leyes que resuelvan el asunto discutido.

La nacionalidad no tiene importancia solamente desde el aspecto político, sino que, en la mayoría de las legislaciones, sirve de base para determinar la soberanía que debe aplicarse en los casos de conflictos de las leyes. Puede decirse, que el Derecho Internacional Privado, es el conjunto de reglas destinadas a determinar la ley que debe aplicarse en ciertos conflictos en que intervienen extranjeros, o como dice un autor «es la ciencia que tiene por objeto determinar la ley que debe aplicarse en los casos que exista una relación jurídica que tiene puntos de contactos con varias legislaciones.» Para resolver estos conflictos, según algunos tratadistas, debe atenderse a la ley del domicilio de las partes y, según otros, y con ellos la mayor parte de las legislaciones, debe tomarse en cuenta la ley nacional.

Es además interesante el estudio de la nacionalidad, sobre todo en los países europeos, para conocer la extensión de los derechos de los individuos, según sean nacionales o extranjeros, en lo relativo al goce de los derechos civiles y por la obligación que tienen los nacionales de cumplir con los deberes que les impone el Estado a que pertenecen y del cual tienen derecho a exigir protección en el extranjero.

De lo espuesto se deduce que la nacionalidad es una cuestión prejudicial, algo que hay que resolver previamente, para fijar los derechos de que pueden gozar los extranjeros y la ley que debe regir cuando tiene aplicación la ley nacional de las partes.

3. ¿Cuál es el fundamento jurídico de la nacionalidad?

Algunos autores lo encuentran en un contrato bilateral celebrado entre el Estado y el individuo. Consideran a la nacionalidad como un vínculo contractual, porque nace del común acuerdo de las voluntades del Estado y del individuo, manifestándose ella de parte del Estado, en una ley, en un acto del Parlamento o del Poder Ejecutivo, en un tratado de anexión, etc. La voluntad del particular puede ser expresa o tácita, ya sea que él haya aceptado o solicitado la nacionalidad o que, concediéndosela la ley o un tratado, no haga nada para recuperar la nacionalidad de origen o para adquirir una nueva.

Hay otros autores, que impregnados en las ideas antiguas sobre el Estado proclamadas por la escuela liberal, sostienen que las leyes sobre nacionalidad ofrecen unicamente esta calidad a los individuos a quienes otras leyes la ofrecen al mismo tiempo, o como dice el señor Alvarez, «que la nacionalidad, aunque reglada por el derecho interno es materia de derecho internacional cuando un individuo es considerado como nacional de dos o mas paises.» Esta desgraciada teoría, ha sido aceptada por muchos publicistas americanos, tales como don Andrés Bello, Jorge Hunneus, etc. y en mas de una vez ha sido aplicada por nuestros Tribunales de Justicia. A primera vista se comprende que admitiendo estas ideas desaparece toda la utilidad del jus soli que consagran las Constituciones americanas y ello importaría una ofensa a nuestras leyes y a nuestra soberanía, ya que cada Estado es dueño de dictar las leyes que quiera sin atender para nada a lo que dispongan las leyes extranjeras. El Estado moderno no puede limitarse al triste papel de guardián de los derechos individuales, no pueden limitarse sus facultades a «laisser faire et laisser passer» sino que debe intervenir en todas las cuestiones que interesen a la colectividad y que reporten beneficio al cuerpo social. El mas elemental de los deberes de los Estados es el que tiene por objeto su conservación y desarrollo, a cuyo fin tiende principalmente, el aumento de su población por medio de la inmigración. Parece natural, entónces, que para impedir que este factor, necesario para el progreso de un país, constituya un peligro para la estabilidad nacional y para impedir que se forme un Estado dentro del Estado, se debe asimilar política y moralmente a los extranjeros a nuestra nacionalidad. Lo primero se conseguirá imponiendo la calidad de nacional a todos los individuos que cumplan con ciertas condiciones, sin atender al hecho de que otra ley les imponga también otra nacionalidad; y lo segundo, por diversos medios, entre los cuales se encuentra en primer lugar la educación.

Por estas razones, encontrando inaceptable esta doctrina, creemos que la etra que ve en la nacionalidad un contrato bilateral es más fundada, a pesar de no ser exacta, pues aunque tiene muchos de los caracteres de un contrato, no puede decirse que lo es, porque este vínculo jurídico se rompe, en ciertos casos, por la sola voluntad de una de las partes, adoptando una nueva nacionalidad, por ejemplo, lo cual no sucede en los contratos bilaterales de que habla el derecho privado.

En nuestro concepto, el fundamento de la nacionalidad hay que buscarlo en la necesidad en que se encuentra todo individuo de pertenecer a una sociedad en la cual pueda cum-

plir sus deberes y en la obligación que tiene el Estado de tomar las medidas necesarias para su conservación y desarrollo.

Principios modernos sobre la nacionalidad:

Los principios en que deben inspirarse todas las legislaciones en lo concerniente a la nacionalidad son tres:

- 1) Toda persona debe tener una nacionalidad;
- 2) Toda persona puede cambiar de nacionalidad, es decir la nacionalidad no se impone perpetuamente; y
- 3) Nadie puede tener dos nacionalidades.

1) Toda persona debe tener una nacionalidad:

El primero de estos principios se basa en el fundamento mismo de la nacionalidad, o sea en el hecho de que el hombre debe pertenecer a una sociedad determinada para satisfacer sus necesidades. Por otra parte, el interés de los terceros que van a entrar en relaciones con él exige que estos puedan conocer la extensión de sus derechos, los cuales, como hemos dicho, en gran parte dependen de la nacionalidad. No es justo tampoco que un individuo reporte beneficios de todas las sociedades invocando en cada Estado los derechos de los extranjeros y no soporte en ninguna parte las obligaciones que los Estados imponen a sus nacionales.

Ocorre, sin embargo, con frecuencia, que existen en los diversos países individuos que no tienen nacionalidad, principalmente porque han perdido la nacionalidad de origen y no han adquirido otra nueva. Estas personas que carecen de Patria son conocidas con el nombre alemán de «heimathlosat» y sin duda alguna, las legislaciones deben tratar de hacerlas desaparecer. En efecto, en algunos Estados, se han dictado leyes con este objeto. Así, por ejemplo, la ley francesa de 1889 declara francés de pleno derecho al nacido en el territorio francés de un extranjero que ha nacido también ahí. La ley federal suiza de 1876 no permite a ningún ciudadano de la Confederación, renunciar la nacionalidad helvética si no cuando haya adquirido una nacionalidad extranjera para él, para su mujer y para sus hijos menores. Los Códigos de Francia, Portugal e Italia no desnacionalizan a la mujer que se casa con un extranjero, sino en el caso de que la ley de este último dé a la mujer la nacionalidad del marido.

En los Estados hispano-americanos, en vista de la interpretación que se ha dado a la disposición que establece que se pierde la ciudadanía por naturalización en país extranjero, se ha conseguido evitar por este capítulo los heimathlosen, porque precisamente la pérdida de la nacionalidad resulta

unicamente de la adquisición de otra nueva. No sucede lo mismo con los extranjeros que se establecen en estos países, porque, según las leyes de muchos de los Estados de donde proceden aquellos individuos, la estadía prolongada fuera del territorio nacional produce la pérdida de la nacionalidad aunque no se haya adquirido otra nueva.

Para hacer desaparecer los individuos sin Patria, los tratadistas aconsejan que todas las legislaciones consagren el principio de que no se pierde la nacionalidad que se tiene, sino cuando se ha adquirido otra y, en consecuencia, no hacer derivar nunca la pérdida de esta calidad de hechos que producen la adquisición de una nueva nacionalidad, tales como la aceptación de funciones públicas de un Gobierno extranjero, debiéndose producir en estos casos, solamente, la pérdida de los derechos políticos, por ejemplo. Si no se puede probar una nacionalidad determinada, la ley de cada Estado debe considerarlo como nacional del país en que tiene su domicilio o en el cual ha residido durante largo tiempo.

2) Toda persona puede cambiar de nacionalidad, es decir, la nacionalidad no se impone perpetuamente.

También se basa, este segundo principio, en el fundamento de la nacionalidad, porque si ésta se explica por la necesidad en que se encuentra todo individuo de pertenecer a una sociedad en la cual pueda cumplir sus deberes, es lógico que se permita cambiar de Patria. Establecer la sumisión perpetua sería ir en contra de las ideas de libertad proclamadas en estos últimos tiempos y «del derecho que tiene toda persona, como dice un autor, de buscar lejos de la Patria que le han dado, las circunstancias, los intereses, las relaciones, y demás ventajas que aquella le niega y que él considera necesarias para su existencia». Dentro de estas ideas, todo Estado como soberano e independiente, considerará como nacionales a los individuos que se encuentren en las condiciones previstas por la ley, pero en ningún caso, debe impedirse el cambio de nacionalidad. Sin embargo, esta teoría de la sumisión perpetua que existió en Esparta y en otros pueblos de la antigüedad es todavía el sistema dominante en la legislación rusa, en donde por excepción, según el úkase de 1864 se permite la expatriación de los extranjeros naturalizados y solamente a fines del siglo pasado fué derogado en Inglaterra y en los Estados Unidos, a pesar de que en este último país, únicamente desde el año 1907, se halla consagrado en una ley expresa el derecho de expatriarse, por cuyo motivo, ántes de esta época, los Tribunales de Justicia de aquel país se negaban a aplicar aquella disposición.

Para evitar la reunión de dos o más nacionalidades en una misma persona, ya que se admite la facultad de cambiar

de Patria, debe establecerse que adquirida una nueva nacionalidad se pierde la anterior, de lo cual nos ocuparemos al hablar del principio de que nadie debe tener dos nacionalidades.

Algunos autores han creído que el silencio de la mayoría de las Constituciones Hispano-americanas, en lo relativo a la pérdida de la nacionalidad y atendido el hecho que ellas se refieren únicamente a la pérdida de la ciudadanía, deben interpretarse en el sentido de que en esos Estados se impone perpetuamente la calidad de nacional. Según nuestra opinión, en dichos Estados, conforme a los principios del derecho internacional, se pierde la nacionalidad en los casos de naturalización en país extranjero.

Para cambiar de nacionalidad no basta una abdicación pura y simple. Por el contrario, todas las legislaciones establecen numerosas formalidades para el ejercicio del derecho de expatriarse, con el objeto de impedir que el cambio de nacionalidad sea un medio para sustraerse de las obligaciones que le impone el Estado a que pertenece y principalmente del servicio militar. Por otra parte, se justifica esta medida para que, dadas las importantes consecuencias que produce la nacionalidad, la voluntad de la persona que cambia de Patria se manifieste de una manera inequívoca. Así mismo, es necesario reglamentarlo para impedir que se pida una nacionalidad sin haber adquirido otra anteriormente.

3) Nadie puede tener dos nacionalidades.

El tercer principio establece que nadie puede tener dos nacionalidades, porque la nacionalidad absorbe toda la personalidad. Prudhon ha dicho que «no se puede tener dos Patrias como tampoco puede tenerse dos madres,» porque el individuo que se encuentra en esta situación está imposibilitado para ejercer los derechos y cumplir las obligaciones que concede y exige la nacionalidad. Así por ejemplo, el que debiese prestar el servicio militar en dos Patrias se hallaría en una situación insoluble cuando estallara la guerra entre los dos países. Cada Estado considerará a estos individuos según su propia ley, sin tomar en consideración para nada que otra legislación lo considere también como nacional y es, precisamente por ésto, que resultan graves inconvenientes en lo relativo a las obligaciones que deben cumplirse para con la Patria y sobre todo en lo que se refiere al servicio militar.

Por otra parte, si se admitiera la reunión de dos o más nacionalidades en una misma persona, sería bastante difícil determinar el estado y la capacidad jurídica de los individuos, porque, según hemos dicho, en la mayoría de los casos se atiende para ello a la ley nacional.

Se pueden apreciar los inconvenientes a que da lugar la

pluralidad de nacionalidades, cuando la persona que se halla en esta situación reside en un Estado que no está afectado por el conflicto, pues, en este caso, no se sabe qué nacionalidad debe atribuírsele. Los tratadistas, con el objeto de evitar que se especule con esta condición, han ideado diferentes soluciones de las cuales nos ocuparemos al tratar de los conflictos a que dá origen la nacionalidad.

En la actualidad es muy frecuente la reunión de dos nacionalidades en una misma persona debido a la coexistencia del *jus soli* y del *jus sanguinis* y al hecho de que, en muchas ocasiones, se adquiere una nueva nacionalidad sin haber perdido la anterior. Las convenciones internacionales son principalmente las llamadas a solucionar los casos de doble nacionalidad.

Para evitar en lo posible la reunión de dos o más nacionalidades en un mismo individuo debe subordinarse todo cambio de nacionalidad a la pérdida de sujeción anterior y, en los casos en que una persona tiene dos nacionalidades desde su nacimiento, ya que no es posible la adopción de uno de los dos sistemas, o el *jus soli* o el *jus sanguinis*, deberían consagrarse en todas las legislaciones los principios siguientes:

- 1) Siempre que la ley imponga a los hijos de extranjeros la nacionalidad del país en donde han nacido, se les debe reconocer el derecho de optar, una vez llegado a su mayor edad, y
- 2) Igual derecho de opción deberá concederse a los nacidos en el extranjero de padres nacionales.

En la ley inglesa de 1914 se han aceptado estas ideas, pues toda persona nacida dentro del territorio británico, que es súbdito británico en virtud de la leyes británicas y súbdito de un país extranjero de conformidad con sus leyes, puede, después de llegar a la mayor edad, hacer su declaración de extranjería y, desde ese momento, dejará de ser súbdito británico. Esta declaración también puede ser hecha por el nacido de padres británicos en país extranjero y que sea considerado como súbdito británico a la vez que ciudadano o súbdito del país en que haya nacido.

Algunos autores, fundándose en que la experiencia ha demostrado que raras veces se efectúan estas opciones, creen que sería más práctico establecer que las personas que nazcan con doble nacionalidad, puedan, al llegar a su mayor edad, ser consideradas como ciudadanos o súbditos del país en que estuvieren domiciliadas al llegar a tal mayoría de edad. Los que residan en un tercer país podrían ser considerados como nacionales de uno de los dos países en que se alegue que tenían su patria potestad por haber sido allí su domicilio últimamente.

La ley inglesa de 1870 derogada por la de 1914 establecía, para evitar la pluralidad de nacionalidades, que los extranjeros naturalizados serían considerados ingleses en todos los países menos en aquel a que pertenecían, salvo que en éste hayan perdido la nacionalidad.

Diversas clases de nacionalidad:

La nacionalidad depende del nacimiento y de la elección, es decir, hay dos clases de nacionalidad: la de origen, que es la conferida por el nacimiento y a la cual se permanece ligado hasta que se puede designar la Patria a que definitivamente se quiere pertenecer, y la nacionalidad adquirida después por un hecho posterior al nacimiento y que es elegida libremente por el individuo.

De la Nacionalidad de Origen:

Para determinar la nacionalidad de origen hay tres sistemas:

1) El *jus soli*, según el cual el hijo toma la nacionalidad del Estado en que nace, es decir, atiende únicamente al lugar del nacimiento;

2) el *jus sanguinis*, que asigna al hijo la nacionalidad de los padres, sin atender para nada al hecho del nacimiento; y

3) una combinación de los dos sistemas anteriores en proporciones desiguales,

Hay razones tanto en favor del *jus soli* como del *jus sanguinis*.

Los tratadistas de los países europeos, que comprenden la necesidad en que se encuentran aquellos Estados de conservar como nacionales a los individuos que emigran de sus territorios, se esfuerzan en mostrar la superioridad del *jus sanguinis*, del mismo modo que en otro tiempo, cuando las exigencias del momento eran diversas, lo hicieron respecto del *jus soli*. Sostienen ellos que el *jus sanguinis* es la concepción ideal de la nacionalidad, porque no depende de un hecho, muchas veces accidental como el nacimiento en un país determinado, sino de la identidad de costumbres, de raza, de cultura, de las mismas tradiciones de familia, de los mismos intereses y de los comunes recuerdos históricos transmitidos de padres a hijos. Por otra parte, dicen los partidarios de esta doctrina, que la adopción del *jus soli* trae por consecuencia que los padres y los hijos tengan nacionalidad diferentes, lo cual hace desaparecer la unidad de afectos y sentimientos que debe de existir en la familia.

Sin embargo, nosotros creemos que es más humano, más natural que el individuo tome cariño por la tierra que lo vio nacer y en la cual seguramente residirá toda su vida.

Sin duda que este sentimiento no se desarrolla en aquellas personas que nacen accidentalmente en un lugar determinado, sin que jamás vuelvan a establecerse en él; pero esta situación es la excepción; lo normal, lo corriente, es que los individuos que nacen en un territorio se queden en él, porque sus padres han establecido allí su domicilio. Lógico es entonces que se legisle para la generalidad y no para las excepciones. Además, no es posible que los hijos de los extranjeros que se establecen definitivamente en un territorio, y que pierden sus relaciones con la Patria de origen, se vean libres de las obligaciones que impone la nacionalidad, tanto más cuanto que dichos individuos obtienen muchos beneficios del Estado en que se encuentran.

Pero si estas razones no fueran suficientes para justificar la adopción del *jus soli*, hay en los países nuevos, como en los Estados Hispano-Americanos, una alta razón de seguridad y estabilidad nacional que aconsejan este sistema. Estos países, escasos de población, favorecen por todos los medios posibles la inmigración extranjera con el objeto de fomentar el desarrollo y el progreso del país y necesitan, para no correr el riesgo de transformarse en colonias de Estados más poderosos, asimilar política y moralmente a dichos extranjeros a su nacionalidad.

Por otra parte, en la práctica, la adopción del *jus sanguinis* presenta graves dificultades, por cuyo motivo las legislaciones que lo aceptan deben ser muy reglamentarias para evitar no tan solo la incertidumbre de la nacionalidad sino también la reunión en una misma persona de dos o más nacionalidades.

En consecuencia, nos parece que existiendo razones en favor de ambos sistemas, debe atenderse a las consideraciones económicas y sociales de los Estados para determinar el establecimiento del *jus soli* o del *jus sanguinis*, por lo cual creemos, por lo menos en los momentos actuales, casi imposible dictar disposiciones legales análogas en lo que concierne a la nacionalidad.

En la historia de los pueblos se observa la aplicación de cada uno de los sistemas anteriormente expuestos. En Grecia como en Roma imperaba el *jus sanguinis*. En este último pueblo el nacido de justas nupcias seguía la nacionalidad del padre en el momento de la concepción y los nacidos fuera de matrimonio, seguían la nacionalidad de la madre al tiempo del nacimiento.

Bajo el régimen feudal el hombre pasó a ser un accesorio de la tierra y se estableció el principio de que el lugar del nacimiento determinaba la nacionalidad de los individuos.

Este sistema se aceptó definitivamente en el siglo X y fué proclamado como el mejor y el mas conveniente por todos los autores del siglo XVI, XVII, y XVIII.

Sin embargo, desde mediados del siglo XVI se empezó a suavizar el rigorismo excesivo del jus soli y se dió cierta importancia al hecho de descender de nacionales siempre que se domiciliara en el territorio, o el padre desempeñara un cargo público en el extranjero a nombre de su país. Así, en 1564 Felipe II declaró españoles no solo a los nacidos en el territorio, sino también a los hijos de padres españoles nacidos fuera del reino, siempre que el padre se encontrara al servicio del Rey. En 1804, bajo la inspiración de Napoleón que necesitaba mucha gente para sus guerras, el Código Civil francés abolió el jus soli y consagró el jus sanguinis como base de la nacionalidad de origen, disponiendo que «todo hijo nacido de un francés en el extranjero es francés».

Los demás países de Europa, con excepción hecha de Inglaterra, imitando al Código de Napoleón, adoptaron también el jus sanguinis; pero, desde los últimos años del siglo XIX, se observa que en dichos Estados se está dando más importancia al jus soli. Así, la ley francesa de 1889, considera francés al nacido en Francia de padre nacido en país extranjero, bajo la condición suspensiva de una opción favorable a Francia si esta persona no tiene allí su domicilio.

En América, por el contrario, domina el jus soli y secundariamente se considera el jus sanguinis como base de la nacionalidad.

Todas las legislaciones modernas atribuyen la nacionalidad de origen, aunque algunas bajo ciertas condiciones, al hijo de un nacional nacido aún en país extranjero, pero se diferencian cuando se trata de determinar la nacionalidad del individuo nacido de padres extranjeros en el territorio en que rijen. Desde este punto de vista las legislaciones pueden clasificarse en los cuatro grupos siguientes:

1) Alemania, Austria, Hungría, Suecia, Noruega, Rumania y Suiza atienden únicamente al jus sanguinis y consideran igualmente extranjero al nacido en el extranjero como al nacido en el territorio nacional de padres extranjeros.

2) Las Repúblicas Hispano-Americanas y el Orange consagran el jus soli en términos absolutos. Solamente el nacimiento se toma en consideración, nada tiene que verse con la nacionalidad de los padres, del domicilio del individuo ni de su estado de menor edad. En cuanto a los hijos de nacionales en el extranjero, las legislaciones americanas han consagrado el jus sanguinis en forma muy restringida, porque para adquirir la nacionalidad un individuo que se encuentra

en esta situación debe unir a la filiación una manifestación de voluntad, expresa o tácita, hechas por sus padres o por él mismo. Todas las Constituciones Americanas, ménos las del Brasil y Guatemala, conceden en este caso, la nacionalidad tanto al hijo legítimo como al ilegítimo. En esos estados no se concede sino respecto del padre, tratándose de hijos legítimos y respecto de la madre tratándose de hijos ilegítimos.

3) Francia, Bélgica, España, Italia, Bulgaria, Grecia, Rusia, Turquía, Costa Rica, Mónaco y Luxemburgo adoptan una combinación del jus soli y del jus sanguinis, dominando aquel, pero se conceden algunas facilidades a los individuos nacidos en el territorio nacional de padres extranjeros, para permitirles la adquisición de la nacionalidad. Del jus soli establecido en estos países puede decirse lo mismo que se ha dicho del jus sanguinis en las legislaciones americanas. En general, a los hijos de extranjeros, nacidos en el territorio, se les considera como nacionales, pero se les concede un derecho de opción en el año siguiente a su mayor edad.

4) Dinamarca, Estados Unidos, Inglaterra, Holanda, Portugal, Guatemala y Méjico establecen una combinación de estos dos sistemas, dominando el jus soli. Consideran, en general, nacional a los nacidos en el territorio, sea de padres nacionales o extranjeros y se les concede a estos últimos, en algunos casos, el derecho de optar por la nacionalidad de sus padres.

Jus sanguinis:

Como ya se ha dicho, las legislaciones que aceptan el jus sanguinis deben contener disposiciones muy detalladas y uniformes para evitar los inconvenientes de una nacionalidad incierta o la falta de ella.

Los Estados que aceptan el jus sanguinis, establecen el principio de que *el hijo legítimo* sigue la nacionalidad de su padre, tomando la de su madre unicamente en el caso de que aquel no tenga ninguna. No debe admitirse, como han propuesto algunos autores, que en caso que los padres tengan nacionalidades diferentes, sea el hijo quien escoja, porque sería contrario al interés social que quiere que la nacionalidad no sea incierta durante mucho tiempo.

Tratándose de los hijos ilegítimos o naturales, la filiación se determina por un reconocimiento voluntario o forzado. Algunas legislaciones como la ley alemana de 1914, establecen que los hijos ilegítimos adquieren la nacionalidad de la madre sin atender para nada al reconocimiento del padre. Parece que esta es la solución más satisfactoria, porque se funda en

un hecho cierto como el parto, que no es susceptible de contradicción como el reconocimiento del padre que puede ser impugnado por el hijo, por cuyo motivo, la jurisprudencia francesa, no confiere al hijo la nacionalidad del padre sino después de que aquel haya expresado tácitamente aceptado el reconocimiento.

En otras legislaciones, el hijo ilegítimo sigue la condición del padre que lo haya reconocido. Pueden presentarse, en este caso, tres situaciones diferentes: 1) el hijo es reconocido por uno solo de los padres; 2) por los dos en un mismo acto; y 3) por los dos, pero en actos diferentes.

En el primer caso el hijo debe seguir la condición del padre que lo haya reconocido; en el segundo, es decir, si los dos padres lo han reconocido, tomará la nacionalidad del padre y por último, en el tercer caso, tendrá el hijo la nacionalidad del padre que primero lo haya reconocido, pero como puede ocurrir que el reconocimiento del padre sea posterior al de la madre, el hijo debe abandonar la nacionalidad de la madre para tomar la del padre. Según algunos autores, debe adoptarse esta solución siempre que según las leyes de los Estados a que pertenece el padre y la madre consagren el principio de que, en caso de que la paternidad sea legalmente constatada, el hijo debe tomar su nacionalidad aunque la madre lo haya reconocido anteriormente. Por el contrario, agregan esos tratadistas, si según la ley de uno de los dos países el hijo ilegítimo debe seguir siempre la condición de la madre y ésta lo ha reconocido, no debe perderse esta nacionalidad aunque la ley del Estado del padre disponga que el hijo reconocido deba seguir la condición del padre porque el hijo ilegítimo no puede perder la nacionalidad que ha adquirido sino que conforme a la ley del Estado que le considera nacional.

¿A qué momento debe atenderse para atribuir al hijo, ya sea legítimo o ilegítimo, la nacionalidad de los padres?

Es muy importante determinar esta cuestión, porque bien puede ocurrir que durante el tiempo transcurrido entre la concepción y el nacimiento o entre la concepción y el reconocimiento, el padre o la madre hayan cambiado de nacionalidad.

Tratándose de hijos legítimos, puede atenderse a la concepción, al nacimiento o al hecho de que uno de los padres haya tenido en cualquier momento una nacionalidad determinada.

FERNANDO ALESSANDRI R.

(Continuará)

El Problema Social

Vivir para la verdad, es vivir la vida completa, que implica saber para prever a fin de obrar.

L. Herrera.—U de la Plata.

Ninguna institución, ninguna actividad, se encuentra en mejores condiciones para afrontar el análisis y la solución del problema por excelencia, que la Federación de Estudiantes.

Jóvenes y generosos, llevando sobre su frente la tersura optimista de la edad de los sueños, los universitarios pueden poner al servicio del estudio de la cuestión social, todo el entusiasmo, todo el vigor y toda la sinceridad de sus corazones.

Desde hace largos siglos, las universidades han sido siempre las más importantes propulsoras de la evolución hacia un mejoramiento colectivo, y sus energías, llámense propaganda, cátedra o acción, han estado siempre también al servicio de toda idea que signifique un bien público, haciendo triunfar los principios redentores a través de los egoísmos y de las intransigencias de todas las épocas.

Y en verdad, ¿quiénes más capacitados que los universitarios para llenar estos fines? Son ellos el porvenir, y llevan en el presente, como bagaje precioso, todas las enseñanzas del tiempo pretérito, hechas faro que seguir, cuando son dignas de imitarse; hechas escollo que cortar, cuando no lo son.

La cuestión social es, en nuestro país, un aspecto inestudiado casi del problema nacional. Es verdad que no faltan hombres de corazón—visionarios encariñados—que predicán incesantemente los principios de la justicia colectiva; pero es verdad también que sus voces se pierden en el desierto de la indiferencia universal.

Las clases trabajadoras tienen la intuición de sus derechos, y claman por obtenerlos. Pero esas mismas clases trabajadoras, salvo honrosas excepciones, carecen de la organización y de la cultura que pueden capacitarlas para conseguir sus objetivos, malgastando a veces sus energías sin otro provecho que el de saciar a los aventureros que hacen de las agitaciones populares su profesión habitual, y provocando así—como consecuencia lógica—el alejamiento de sus miembros más preparados y juiciosos.

Los poderes públicos son impotentes para resolver desde luego el hondo problema, porque las influencias del capital ahogan las mejores iniciativas, dando por resultado—si llega a dictarse una ley—una ley torcida, superflua e inaplicable, cuyo valor no guarda relación alguna con el esfuerzo gastado en obtenerlo.

Los partidos políticos contemplan la cuestión social en sitio preferente de sus programas. Pero cuanto esfuerzo hagan ellos resultará inútil. Como en la fábula, nuestros partidos siempre listos para anular los unos el esfuerzo de los otros, sin llegar jamás a una solución, porque sus puntos de vista son y serán irreconciliables, mientras subsista el actual estado de cosas.

¿Quién, pues, podrá tener la ilustración y el tino que falta en jeneral a nuestros obreros, la jenerosa imparcialidad de que carecen los poderes públicos, y la unidad de miras y de acción que no poseen los partidos militantes?

Hay en Chile una sola institución capaz de emprender la cruzada, una sola institución que posee esos tres factores que hemos enunciado, y ella es La Federación de Estudiantes

Su amor a la causa obrera, lo han demostrado los universitarios en cien ocasiones diferentes y lo demuestran día a día, al dedicarse solícitos a la labor de las escuelas nocturnas y de los consultorios gratuitos en vez de entregarse a las satisfacciones de un descanso bien merecido después de las tareas cotidianas. Su imparcialidad está manifiesta en el tesón que ponen siempre para solucionar en forma equitativa los confi tos entre patronos y operarios, y en el consejo prudente y sincero que en cada oportunidad llevan hasta el seno del proletariado. Y su unidad de miras, patente está en esas campañas formidables de interés público emprendidas por la Federación, campañas en las cuales la unanimidad de los universitarios, con vigor incansable, ha conmovido el país, plegándolo desde el norte hasta el sur a su causa, y ha logrado así el triunfo de los problemas perseguidos.

La clase trabajadora conoce muy bien que su mejor amiga es la clase estudiantil, y una armonía efectiva flota entre ambas, una afinidad inexplicable las une y complementa.

Por eso, el día en que esta corriente se transforme en alianza efectiva para la consecución del propósito común, el día en que los estudiantes organizados empujen con su talento y su prestigio, con su enerjía y su acción, el fuerte carro en que el obrero carga sus justas reivindicaciones, ese día, sin duda, veremos el comienzo de la solución esperada.

Todas las Universidades modernas consagran sus mejores enerjías al estudio de la cuestión social, y sus seminarios y

laboratorios, completísimos, analizan incesantes las causas, los casos y los remedios del mal. No necesitamos ir muy léjos para convencernos, ya que Brasil, Argentina y Uruguay nos dan un ejemplo palpable de lo que puede el bien entendido patriotismo, puesto al servicio del engrandecimiento nacional.

Miéntas tanto, en nuestra tierra, el Seminario de Ciencias Sociales, creado a pesar de tantos obstáculos, sufre la triste suerte de todas las reparticiones universitarias, condenadas a vejetar casi en la inacción, a causa de la pobreza solemne en que las tienen los llamados a repartir las rentas en el Presupuesto del país.

Un brillante escritor describe con frases emocionantes cómo los héroes lloran lágrimas de coraje cuando se encuentran impotentes, no por falta de corazón, sino de medios de defensa, para resistir al enemigo que avanza. Tal debé ser, sin duda, la amargura de nuestro brillante profesorado universitario, al verse obligado a contemplar el avance de la ignorancia, el alcoholismo, las enfermedades, y todos los problemas sociales, miéntas hace esfuerzos supremos por obtener el mayor rendimiento con los escasos medios que, la intransijencia y otros inconfesables intereses, dejan para el servicio de nuestra—por muchos títulos digna de mejor suerte—Universidad del Estado.

Toca, en consecuencia, a los universitarios, en cuanto corporación, redoblar sus esfuerzos para impulsar el estudio y la solución del problema social.

Y en este esfuerzo redoblado, su primera preocupación debe ser el mejoramiento económico de la propia Universidad, como el medio más eficiente de crear las condiciones dentro de las cuales ella pueda encarar con provecho el estudio científico de las cuestiones enunciadas, tanto para señalar la norma de sus soluciones equitativas y permanentes, cuanto para evitar, con esto mismo, que la inescusable desidia gubernativa, sorprendida por uno de esos conflictos que de improviso se suscitan, tome—como ya ha tomado—resoluciones que lejos de curar el mal, lo calman solo momentaneamente, haciendo aun más profunda la sima que separa al capital del trabajo, y avivando, por el uso de la fuerza, los enconos de la clase obrera.

La Federación de Estudiantes tiene, además, elementos propios para emprender por sí misma la cruzada redentora. Ninguna institución ha llegado a alcanzar la confianza popular en la forma que lo ha logrado la Federación.

Lejano está el día en que se mirara en ella un elemento demoleedor, y si bien quedan aun quienes por el prurito de ofender, por ceguera o por conveniencia, se atreven a desco-

nocer su labor, la inmensa masa de nuestros conciudadanos tiene confianza en la obra que realiza, y fé absoluta en la que está llamada a realizar.

Ningun pueblo es grande, si todas sus fuerzas vivas no concurren a laborar la armonía, la concordia y la unidad colectivas. Del conjunto de todos los esfuerzos comunes, surge y se ajiganta el progreso nacional. Y entre esas fuerzas vivas, ninguna tan hermosamente llamada a emprender la cruzada en defensa de los derechos de la clase trabajadora, como aquella fuerza potente que es la juventud, hecha de ensueños de libertad, de anhelos de justicia y de latidos de fraternidad jenerosa.

«Una gran vida—ha dicho un escritor—es un pensamiento de la juventud realizado en la edad madura».

Los universitarios de Chile han sabido demostrar, no solo que son capaces de pensar, sino también que son capaces de realizar sus pensamientos.

Es la hora de la acción. No esperemos que los años ahoguen los impulsos nacidos al calor del ideal. Obremos. Peregrinos de la verdad, busquémosla sin exclusivismos, tesoneramente. Investiguemos ahora que es la edad predilecta de los nobles impulsos. Comprendamos la justicia de las reivindicaciones sociales, confundamos el anhelo del que sufre y espera, con el anhelo del que estudia y sueña. Realicemos. Así surgirán las soluciones de previsión que reclama el principio de la solidaridad, y haremos verdadera obra redentora, digna de quienes con orgullo se cobijan bajo el estandarte luminoso de la Federación de Estudiantes de Chile.

AGUSTIN VIGORENA RIVEBA.

ACTIVIDADES UNIVERSITARIAS

Centro de Estudiantes de Derecho

Labor realizada durante el presente año

Torneos atléticos.—A principios de Julio verificó uno en el Estadio de Los Leones. Tuvo bastante éxito.

Excursiones.—Se ha verificado una a Valparaíso, con el objeto de ver la llegada de los submarinos.

Veladas y Conferencias.—Se han realizado las siguientes:

Velada inaugural, en la cual se dió a conocer el programa de trabajos para el presente año.

«*El derecho de las minorías y la reglamentación en las discusiones en las Cámaras*», conferencia del distinguido catedrático señor Alcibíades Roldán, con la cual se inauguró la Extensión Universitaria del Centro.

Escuelas Nocturnas.—Se está tramitando actualmente ante la I. Municipalidad la concesión de subvenciones a nuestras Escuelas.

Oficina de Defensa Jurídica.—Este organismo es el que pone a los estudiantes de leyes más en relación con la clase obrera. Durante el año se han defendido innumerables causas civiles y criminales, y se ha servido a instituciones tan respetables como la Gran Federación Obrera de Chile.

Relaciones internacionales.—Ha iniciado relaciones con diversos centros similares del continente. A petición de este Centro, la Universidad ha cedido cierto número de las Memorias de Licenciados en Leyes y Ciencias Públicas y otras obras, que se utilizarán en los canjes.

Fiesta de la Primavera.—Ha conseguido que la Federación organice un Concurso de Coros estudiantiles. Por otra parte, ha abierto un concurso de proyectos para el carro alegórico del Centro de Derecho.

Oficina de Defensa Jurídica y Obrera.—Esta Oficina, en los años de vida que cuenta, ha venido realizando una labor cada día más creciente.

La gente falta de recursos, que a ella concurre diariamente, en demanda de apoyo para la defensa de sus derechos ante los Tribunales, o, para la reclamación amistosa ante los patronos, está debidamente atendida por una comisión que preside el estudiante de 5.º año don J. Noé Contreras y C., quien tiene como colaboradores a los aventajados alumnos, también del 5.º año, señores Daniel Schneider, Pedro Gandulto, Osvaldo Cornejo, Roberto Belmar y Adolfo Arriagada.

Demás estará agregar que esta Oficina está compuesta de tres secciones: 1.º) *Defensa Obrera*, sección que se encarga de defender a los obreros y demás personas que no tienen como pagar abogado. Cuando se consigue el reconocimiento de un derecho o el pago de una obligación, remuneran a la Oficina con un 50/0 obligatorio, que puede aumentar voluntariamente el beneficiado; 2.º) *Defensa Jurídica*, sección que se encarga de toda clase de juicios y que será como la escuela práctica de los estudiantes de leyes. Estas defensas serán remuneradas, correspondiendo un 500/0 del honorario cobrado a la Oficina y el otro 500/0 al estudiante que tuvo a su cargo el pleito; y 3.º) *Informes Jurídicos*, sección encargada de informar en derecho a quien lo solicite. Ojalá el pueblo se penetre cada día más y más de sus beneficios y vaya hasta ella, en número más considerable.

Centro de Estudiantes de Pedagogía

En el presente año, este Centro ha sido uno de los más entusiastas y uno de los más laboriosos. Ha fundado dos liceos nocturnos, uno para señoritas y otro para hombres, a los cuales asisten, respectivamente, más de cien alumnos.

El aniversario del Instituto fué celebrado con una velada en el Salón de Honor de la Universidad. El número de fondo estuvo a cargo de don Armando Donoso, quien disertó brillantemente sobre la vida y obras de don José Victorino Lastarria. Además, como complemento de la celebración del aniversario, los alumnos realizaron un paseo al Estadio de Los Leones, en el que se verificó un hermoso torneo atlético.

Gran éxito han tenido las charlas semanales. Hasta este momento se han realizado en el siguiente orden: 1.ª «Breves comentarios sobre «Albergue de Noche», drama de Máximo Gorki, por el Presidente del Centro, don Waldo Urzúa; 2.ª «El fin del paganismo», por don Catalino Arrocha; 3.ª «La vida en nuestro Instituto», por la señorita Carmela Silva; 4.ª «La obra musical de Enrique Soro», por el señor Emilio Uzcátegui; 5.ª «Comentarios a «La Azucena Roja», de Anatole France», por don Angel Salas Maturana.

Así, este Centro ha realizado una doble labor: de difusión de cultura, por medio de los liceos, y de cultura interna por medio de las charlas; y, con aquellos, ha venido a llenar un vacío en las necesidades colectivas, como lo prueba la enorme afluencia de alumnos con que cuentan.

En próximos números de esta Revista, se publicará algunas de estas charlas. Podemos anunciar, desde luego, para el número correspondiente a Octubre, la de la señorita Carmela Silva.

De "La Ciudad de los Césares".

En la baja marea.

—¿Y Ud. conoce a Paillaman?

—Sí, reverendo padre.

—¿Está él aquí?

—Llegará con el alba. Fué a la isla de Lemui.

—Regresará tarde, exclamó un viejecillo, la naciente comienza y con ella se van los moribundos. Ya ha entrado en la agonía.

De la pieza vecina viene el resplandor de un candil. De tiempo en tiempo alguien se pone de pié, dá en silencio unos pasos y deteniéndose en el umbral intercepta la luz.

Los circunstantes espían su actitud; pero al no encontrar en ella revelación alguna, prosiguen en la oscuridad del aposento las toses sofocadas, los bostezos incontenibles y las conversaciones vagas y cansonas.

—¿Me hablaba Ud.?

—¿Quién, yo?

—Sí, me parece haberle oído.

—No, no he dicho nada.

—Podríamos encender fuego, advirtió alguien.

—El viejecillo se puso de pié y removió los últimos tizones mortecinos, dispersos en un gran brasero de piedra empujado en un rincón del cuarto.

—Estas piezas grandes son frias, agregó el sacerdote.

—No es grande, dijo el viejecillo. Como estamos a oscuras no vemos el techo ni los tabiques que estan negros de hollin. Es el mar el que la enfría. ¿No oye Ud?. Él está aquí abajo.

—¿El mar?.

—Sí, el mar. Su paternidad llegó muy entrada la noche. Ya no se veía nada.

—Ese parlotear continuo no lo hacen, entónces, las comadres en la pieza de la enferma?.

—Nó señor. Ellas nada dicen. Es el oleaje pequeño a la hora de la pleamar, en estos canales.

—Cuando el terreno es escaso, aquí, en Chiloé, hacemos nuestras viviendas sobre el mar, esplicó una voz.

—Sí, asi es, dijo el viejecillo. Esta casa se afirmó sobre pilares. El mar, con la alta marea, viene, sube entre ellos, se introduce hasta el último rincón y parece que hablara. Con la vaciante se va, y las casas quedan silenciosas. Los moribundos no mueren hasta que las aguas no se retiran.

—¿Es posible que Uds., lo crean?

—Su paternidad nos perdona. No lo crearemos en adelante, pero así ha ocurrido siempre.

Alguien penetró con un atado de leña.

—Parece mojada. Nos ahogaremos con el humo, dijo el sacerdote. No encienda Ud. Frefiero regresar. ¿Están los bogadores?

Dos hombres, acurrucados en un rincón, se pusieron de pié.

—No olvide decir a Paillaman que lo aguardamos.

—Se lo diré, su paternidad.

—Que lleve el cadáver para sepultarlo en tierra sagrada.

—Así lo haré.

—¿Quién va a cuidar de su casa?

—No lo sabemos. No tiene parientes en esta isla.

—Crean Uds., que se niegue a servirnos de guía?

Una mujer arrebozada en un pañolón, entró sollozando.

—¿Ha muerto? preguntaron.

La mujer dijo algo incomprensible y regresó al dormitorio. Tras ella siguieron los que conversaban en la pieza sombría: un sacerdote, el viejecillo y otros cuatro hombres, todos muy semejantes en medio de la oscuridad.

Rodearon el lecho de la difunta.

En un camastro miserable, a la luz de un candil, se diseñaba el cuerpo pequeño y la cabeza todavía de niña de la esposa de Paillaman. Los cabellos negros y en desorden, enmarcaban el rostro trasparente y desencajado.

El sacerdote cruzó los brazos flácidos y bajó los párpados de la muerta. Mientras mascullaba una oración, puso un crucifijo entre las manos crispadas.

Con el ruido que hicieran al salir, unas gallinas que dormían sobre las vigas, intranquilas, se dieron a cloquear. Sus ojos brillaban en la oscuridad...

Entre la niebla.

—Si no nos damos prisa llegaremos de noche. Ah! ya salir. No, no quiero beber más. Pero, en fin, venga! y bebió largamente.

El grupo de hombres, medio borrachos, desde hace una hora, aguarda al lado afuera de la casa.

Desde el interior los llaman.

Un instante despues, en hombros de los cuatro, sale el ataud. Tras ellos siguen dos mujeres y dos niños. Por el otro lado de la casa aparece Paillaman trayendo un botijo lleno de aguardiente.

Distante, en la ensenada, una balandra se mueve apenas flotando en el agua tranquila. El sendero húmedo y resbaladizo, a trechos desciende en pendientes bruscas. Los cargadores cruzan los malos pasos con un cuidado excesivo.

El sol, invisible, no alumbrá la ladera boscosa por donde va el cortejo. La sombra proyectada de la isla, comienza a trepar por la vertiente de las colinas del otro lado de la angosta ensenada. Más luminoso y resplandeciente, entre las oscuras riberas, clarea el mar apacible.

De los boscajes espesos fluye un olor acre a humedad y maderas podridas. Desde algunas revueltas del sendero se divisa la tranquilidad indiferente de grandes panoramas: islas e islas medio sumerjidas en aguas soñolientas y luminosas, vastos aires en reposo y lejanías azules e indefinibles por brumas nacientes. Un frío sutil y penetrante viene de las malezas en sombra y denuncia, una vez más, que la noche se avecina.

En los gruesos guijarros de la playa, resbaladizos de mocho, depositan, los cargadores, el ataud.

Miéntas los hombres, metidos en el agua, alcanzan la pequeña balandra y hacen poderosos esfuerzos por acercarla a la orilla, las mujeres descansan sentadas en la borda de una vieja y deshecha embarcación embutida en la arena. Los muchachos, silenciosos, se complacen en sobar las rotas cuadernas que son de una suavidad incitante. El mar mil veces ha venido a trabajar en ellas y ahora acaba de abandonarlas.

Cuando todos estan a bordo, sueltan la vela sucia y remendada. Ésta parece flamear un instante, pero luego pende f'ácida e inmóvil.

El sol oculto dora aún las cumbres de las islas mayores. La luz crepuscular, cada vez más intensa, al encenderlas va revelando nubes antes invisibles. A gran altura, sin que nadie repare en ella, una bandada de pequeños patos de los estuarios, cruza en vuelo rápido y silencioso. Los hombres, en la barca, silban llamando al viento.

—Aguarda aun, dice Paillaman, y vuelven a silbar.

Miran a uno y otro dado, esperando la llegada de una brisa que no apareció en aquella tarde.

Resignados, enrollan la vela.

—¿Estamos?

—No, espera, y beben, uno en pos de otro, con lentitud y hasta la saciedad.

Después de ensartar los largos y pesados remos en chumaceras hechas de gruesas clavijas, fatigosamente, empiezan a bogar.

El ataud va hacia proa. Una de las mujeres lleva el timon,

la otra ayuda, con un remo, al igual de los hombres. Van seis remando y la barcaza cruje y se mueve perezosamente.

—Hemos salido tarde, dice la mujer que va al timón.

Los demás no responden, es posible que no hayan oído.

No se escucha sino el choque acompasado de los remos y el levisimo y continuo rasguído del agua dormida.

Ya las altas nubes comienzan a descolorarse y desaparecer. Por cada estrella que apunta húmeda en el cielo, otras brotan y danzan lentas en la profundidad del mar apacible.

Desfilan con grave lentitud las islas de ambas riberas.

Pequeños caseríos cada cual con su capilla se divisan de tiempo en tiempo. Están medio escondidos o en libres enseñadas, lejos de las playas bajas y aguanosas donde crece el pasto salobre de las mareas.

En la noche que avanza, arden cada vez más nítidos los fuegos de los lejanos hogares de los isleños.

En la ruta que sigue la barca, allá, al fondo del canal, aparece y avanza con rapidez una masa blanca, incierta y creciente.

—La niebla! la niebla! grita un muchacho.

Los bogadores se detienen.

—¿Dónde estamos?.

—Espera. Ah! ya se divisa la isla de Lemui. La niebla nos alcanzará antes de llegar a ella.

—¿Ves aquellas luces? no te desvies, dice Paillaman a la mujer que empuña el timón.

—¿Qué piensas hacer?.

—Pasar allí la noche.

—No daremos con el pueblo. Nos vamos a perder.

—No; sigamos! adelante!

Pero antes de reanudar el viaje beben nuevamente, y esta vez los acompañan las mujeres y los niños. Vuelven a empuñar los pesados remos, y bogan con ímpetu.

—¿Vamos a Lemui? pregunta la mujer.

Antes de lo que esperaban, llega el especialísimo aroma de la niebla. Los bogadores lo huelen rabiosos y se afanan, inutilmente, hundiendo con furia los remos en el agua.

Poco a poco la niebla, cada vez más espesa, va ocultando la silueta de las islas lejanas, luego de las próximas, y suavemente se estiende y rodea silenciosa la balandra, tupiendo las mallas impalpables de su cendal blanquecino.

—Enciendan el farol, advierte Paillaman.

—¿De qué nos servirá?.

—Enciéndelo! ordena.

Crepita la llama al arder en esa atmósfera impregnada de finisimas gotas de agua.

—Pónlo a proa.

Uno de los niños va caminando por la borda y cuelga el farol en el pequeño baupres. No se vé nada.

Sólo alumbrá una naciente sombra blanca. El niño vuelve caminando sin temor por la angosta borda, y se sienta en ella al llegar a popa.

—Mira, le dice su herfmo.

Y los niños, mudos de asombro y curiosidad, observan las sombras de los bogadores proyectadas en la capa de niebla que de ellos los separa.

Son gigantes que se encorvan y enderezan, parece que discuten, danzan y pelean.

Uno de los niños, trémulo, busca el amparo de su madre. El otro, fanfarrón, rie sin ganas, y ajita y golpea con sus piernas la borda.

Un choque brusco y formidable, hace crujir violentamente la balandra y arroja de espaldas a los bogadores.

—¿Qué hay? gritan.

—Hemos chocado! Maldita niebla!

Un niño llora. Se oye ruido de aguas agitadas.

—Cállense, ordenan.

Parece que la playa está cerca, llega el ruido del oleaje.

—¿Oyen?

—Vamos, vira!

Continúan remando largo rato.

Como no tocan tierra, se detienen, poren oído atento y escuchan en contorno. Sólo niebla alrededor, se diría que en ella se embotan todos los ruidos del mar y de la noche.

Siguen, por largo rato, avanzando con cuidado.

—Ahora sí! esclaman. Se oye, claro y distinto, el chapoteo de las pequeñas olas entre las guijas de la playa.

Alcanzan tierra con el agua a la cintura.

—¿La bajamos?, pregunta Paillaman.

Como nadie contesta, queda la muerta a bordo.

—¿Sabes dónde estás? esclama una voz aguardentosa.

—¿Y Canoy? pregunta, de pronto, una de las mujeres.

Nadie responde.

—¡Canoy! llama expectante.

—Se quedó a bordo, dice con displicencia, un borracho.

—¿Tu lo viste?

—Sí, yo lo ví.

—Anda y tráelo, házme ese favor.

—Y baja el aguardiente, no te olvides, recuerda otro.

Cuando, chorreando agua, vuelve el emisario, la mujer pregunta ansiosa.

—¿Estaba?.

—¿Quién?

—Canoy, pues, mi hijo.

—Sí, no... Es decir no; no estaba.

—¡Canoy! ¡Canoy! grita la madre.

El mar, entre la niebla, duerme; hacia el interior los grandes árboles, que hunden su copa en el misterio de la sombra blanca, parecen escuchar medrosos.

—Estamos todos, dice Paillaman. ¿No éramos siete?. ¿Estás, Balcha?

—Sí, contestan.

—¿Estás. Apari?

—Aquí!

—Yo y Pedro somos cuatro; tú y la Ignacia, seis, y el chico siete.

—¿I Canoy?

—No venia, dijo Apari.

—¡Cómo! ¿no venia? tú estás borracho.

—No venia, insiste Apari.

—Estás segura, pregunta Paillaman.

La mujer no responde, porque estalla en sollozos.

—Estamos todos, asegura, trabajosamente y con rabia, Apari.

—¿Qué hacemos? pregunta la Ignacia, acercándose a uno de los borrachos.

—¡Paillaman!

—¿Qué? gritan desde la barca.

—¿Eres tú, Canoy?

—No, no está, dijo la voz.

—¿Quién contesta?

—Soy yo, dice Paillaman, he venido a ver.

La niebla, cada vez más gruesa, ha ido convirtiéndose en garúa y luego en lluvia fina.

Bajo los árboles buscan refugio los hombres borrachos y calados por el agua. Uno tras otro van cayendo entre las yerbas ásperas y húmedas, y poco a poco se entregan a un profundo sueño.

Comienza a soplar, intempestivamente, un viento fuerte. La cadena del anclote de la balandra, jime. Cuando por breves segundos las ráfagas cesan, cada vez desde mayor distan-

cia, vienen los gritos ululantes y deshechos por el viento, de la madre que busca, en la noche y por las playas solitarias, a su hijo Canoy, y se oye la lluvia tamborileando sobre la barca y el ataúd.

PEDRO PRADO.

Pedro Prado:

A los 30 años, época de madurez en plena juventud, Pedro Prado lleva realizada una obra personalísima de ensayista y de poeta.

Sus dos primeros libros «Flores de Cardo» y «La Casa Abandonada» fueron aplaudidos sin restricciones por la crítica y le dieron al autor un puesto inconfundible entre los escritores de su generación. Hacer arte con las ideas, trabajar símbolos admirables con las cosas de la naturaleza, llegar hasta los escondidos senos de la vida por el sendero inaparente de la poesía, he ahí sus características.

Ha escrito versos libres y poesías en prosa que son en su género trozos definitivos. Estilista en la justa aceptación del vocablo: sencillez y riqueza, finura y vigor. Su frase armoniosa y liviana es de una serena unción, de un aliento propio, contenido y ponderado. Se pueden repasar algunos volúmenes de este autor sin encontrar una expresión de dudoso gusto ni una emoción de arte falseada.

Ha fundado y dirigido dos de las mejores revistas literarias de estos últimos lustros y, aunque alejado de escuelas y cenáculos, su influencia es decisiva entre los jóvenes escritores de esta tierra. Su prestigio de poeta es uno de los más sólidos y su obra del más puro arte (arte sin aleaciones extrañas ni mentirosos oropeles) se impone callada y segura a la admiración de todos.

Recientemente ha sido traducido al inglés su último libro «Los Diez»:

Congoja

*¡Qué mujercita eres, hija mía!
Me daña tu infantil sabiduría,
y me duelo de todo el mal que he hecho.*

*Al besarte, una pena, una alegría,
entre congojas me sacude el pecho.*

*Tus cuatro años me espantan, hija mía:
detrás de tu ternura, está en acecho,
—agua entre riscos— tu coquetería.*

¡Qué femenina eres, hija mía!

ARM. CARRILLO RUEDAS.

A. C. R. —Es autor de tres libros «Gotas de opio», poesías, «Bendito sea el fruto» novela, y «Vidas ajenas», cuentos.—Es un laborioso infatigable.—Ha tentado todos los géneros literarios: el verso, la novela, el drama, el cuento.—Cada producción suya encuentra fuertes y terribles censores, cuando nó un silencio absoluto.—Para mí, es el caso raro de un muchacho que, con el estudio y el trabajo, se vá formando un temperamento de poeta.—Cada vez lo encuentro más claro, más preciso, más emotivo.—Al revés de sus versos, su prosa permanece estacionaria; nó es flexible, carece de frescura y de plasticidad.

Madre todo lo bueno...

*Madre, todo lo bueno
que me dió tu bondad
lo he perdido en el cieno
de la vida vulgar.*

*Yo no quise vivirla.
No me quiso dejar.
Madre, tuve que oírlo...*

*¿No me perdonarás?
Hoy, humilde y cansado,
todo el noble pasado
grita a la realidad:
con los brazos caídos,
estos cinco sentidos
donde me llevarán?*

CARLOS PRÉNDEZ SALDÍAS

C. P. S.—Autor de *Misal Rojo*, un libro rebelde sin rebeldías y de posse más que de arte; y de *Paisaje de mi corazón*. En este último, el poeta busca más honradamente su camino —Conserva todavía en él ciertos jestos de niño asustado de sus audacias y admirado de saberse poeta.—Pero, en sus páginas, ya aparece el poeta que viene acentuándose en sus composiciones posteriores.—Como una escepción entre nosotros, huye de los moldes retóricos.—Sus versos son incorrectos, nadie lo duda; su orientación ideológica es vacilante aún, pero es difícil decir cuál sea su modelo de influencia.—Y esto, entre nosotros, es un raro y prodigioso milagro.

Los ojos de los gatos

*Los ojos de los gatos graves y regalones
son filtros que destilan hipnotizantes males,
y, al brillar en las sombras, dejan las sensaciones
de un par de relucientes carbones infernales.*

*Los ojos de los gatos inspiran sugerencias
de voluptuosidades horribles y fatales,
y hacen pensar que miran pasar hoscas visiones
de seres imposibles, de monstruos sepulcrales.*

*Dominan las tinieblas, de las que son los dueños,
y las pueblan de extraños y lúbricos ensueños,
mientras al lado suyo oculto el Diablo está*

*con la zarpa dispuesta para un brutal rebato...
¡Quién tuviera en el alma un par de ojos de gato
para escrutar las negras sombras del Mas allá!*

EUGENIO AMOR.

Santiago de Chile, 1918.

Eugenio Amor es un joven estudiante de Leyes hasta hace poco completamente desconocido en el campo de las letras. Tiene cierta personalidad, como puede notarse en esta composición, para reunir en un solo razgo un trozo pictórico con una fuerte concepción metafísica.

«El Poema de los niños»

(Fragmentos)

*Los niños pobres me conmueven mucho
Por su expresión tan triste y resignada,
Cuando se quedan ante las vidrieras,
Embobados mirando los juguetes
Que nunca han de tener... Cuando en las tardes
Suelen pasar por los jardines, ellos
Se quedan contemplando humildemente,
Sin envidia, los juegos de los ricos,
Los raudos velocípedos plateados
Y los osos de felpa... Ellos nacieron
Para hacer más difícil y penosa
La vida en sus hogares miserables,
Y cuando aparecieron en el mundo,
Inocentes, crearon un problema..
Sus padres se miraron con angustia,
Y los besaron sollozando... ¡Pobres!
Ellos no lo supieron, pero tienen
Una difusa sombra de tristeza
En sus pálidos rostros de enfermitos...*

RAFAEL DE LA FONTANA:

R. de la F.—Con este seudónimo se oculta un regocijado comediógrafo que ha dado ahora en escribir versos. Sus comedias, sus sainetes, sus disparates escénicos, como el mismo ha titulado algunas de sus producciones, han puesto en el público una sana alegría. En sus versos nos trae ahora un poco de emoción. — Como poeta aun no se le puede juzgar, empieza a darse a conocer; pero, por lo que ya hemos leído de él, puede vaticinarse que llegará a ser tan buen poeta como ha sido ¡buen comediógrafo.

OPINIONES

El Cura Sentimental, por Guillermo Shanty.

Guillermo Shanty tiene su público entre los lectores de «Las Últimas Noticias».—Para formárselo, ha luchado rudamente.—Casi día a día ha escrito algo, un cuento, una impresión, un diálogo, una simple información periodística.—Mas tarde, ha querido publicar un libro—¿Quién no se siente tentado a ello? Como la lucha cotidiana y la inquietud espiritual del autor no le han permitido ocasión para meditar y escribir lenta y serenamente, reunió lo mejor de sus publicaciones, les agregó un cuento dialogado en tres capítulos, inédito, y lanzó el primer libro.

«El Cura Sentimental», se llama este primer libro de Guillermo Shanty.—Pues bien, este Cura Sentimental ha resultado un hermoso libro de juventud, espontáneo y prometedor.—Está Shanty entero en él; su vida de luchas y de apasionamientos, de vacilaciones y de esperanzas. Están los paisajes que ha visto, las almas que ha sentido vibrar, los dolores y las melancolías que lo han mortificado.—Todo, almas y paisajes, envuelto en la sentimentalidad del autor.—Ha visto y ha escrito, y, al escribir, su alma estaba en los puntos de la pluma destilando apasionamiento.—Guillermo Shanty, tiene poco más de veinte años.—Vive apresuradamente su vida exterior y su vida interior.—Parece como si una fuerza secreta lo llevase, rápida, sin dejarlo detenerse a meditar.—Su libro es así, inquieto, apasionado, lozano, con la lozanía de los veinte años que se entristecen de impotencia frente a lo inaccesible, pero que, sonriendo con una leve ironía, incuban en el fracaso una nueva esperanza.

Hay en este libro esbozos que me parecen verdaderos hallazgos, tales como «Del tiempo viejo», «Cariño al terruño», «Misiá Juanita».—Pudo haberse sacado de ellos cuentos de valor.—Los tipos y las circunstancias en ellos diseñados, demuestran «utilidad de observación».—Pero Shanty no ha querido sino hacer crónicas para publicarlas pronto, y así, lo que pudo ser mucho, es casi nada, un esbozo, un diseño, algo como el ensayo de un aprendiz.

Tiene, en general, este libro, una enorme riqueza literaria.—A cada paso se vé aparecer el espíritu del escritor y del artista, en un rasgo, en un paisaje, en una leve ironía, en un tipo.—Sin embargo, esta riqueza se desluce, a veces, por la rapidez del trabajo o por la inquietud sentimental extremada del autor.

Yo apartaría «Bohemia que pasa», el cuento dialogado, mediocre intento teatral.—Aunque hay en el tema un fondo de verdad muy humana, no ha podido, el autor, salir del motivo literario, para empaparse en realidad, para diferenciar caracteres, para darle interés.—Pero este desacierto del autor no desvaloriza el libro.

Los errores de los veinte años suelen significar méritos, y, más todavía, en cuestiones literarias.—El libro correcto y cerebral, el libro de estrofas pulidas hasta la perfección, el libro de sensaciones exquisitas, nos dice, saliendo de manos de un muchacho, que no es enteramente suyo.—Pero este libro que tiene bellezas y tiene defectos, este libro en el que, en cada página, aparece el espíritu de su autor, es una clara esperanza.—Del autor son las sensaciones, por el autor han sido contemplados los paisajes y los tipos; su mano, no bien experta todavía para el dibujo, desvaloriza algunas líneas. No importa.—Su inquietud para el trabajo, el apasionamiento de su espíritu, su sensibilidad extremada afean algunas de sus páginas.—No importa.—A pesar de todo. «El cura sentimental», es un hermoso libro y lo es porque tiene defectos, porque tiene emoción, porque tiene personalidad,

«Un Perdido» por Eduardo Barrios.

Una tarde, hablando de su novela, antes de la publicación, Eduardo Barrios nos dijo. «Mire compañero (como veis lector, el autor del «Niño que enloqueció de Amor», no se las dá de maestro) en ella he puesto todo lo que tengo, todo lo que soy capaz de hacer; si no resulta es seña de que no soy capaz de más». Cuando un hombre artista nos dice una sinceridad semejante no hay más que responder con el silencio, porque si hablamos es seguro que le diremos alguna elogiosa vulgaridad. Yo callé. Después, al verlo alejarse, pensé: este hombre merece triunfar, esa frase desnuda y valiente es difícil de encontrar entre las confesiones de un escritor.

Así, una vez que leímos su libro palpitante de humanismo y dolor como un pajarero herido que se debatiera en nuestras manos, el júbilo interior nos estremeció igual que un éxito propio.

Barrios pensó un día, en su afanoso escrutar de psicólogo que busca nuevos aspectos espirituales, en esas ásperas y dolorosas existencias de tantos hombres que pasaron a nuestro lado, que fueron nuestro amigos y a quienes fuimos viendo caer, poco a poco, en un proceso cuya escala de decadencia nos era muchas veces inexplicable; y así de muchos «Perdidos» hizo la síntesis, creó «su tipo»,

Todos, mas o menos, llevamos escondido, bien oculto, algún fracaso. Es la verdad, el secreto que nos confiamos a nosotros mismos. Lucho Bernales «el perdido» lleva a cuesta un fracaso total, definitivo. La principal justificación de él, es su timidez. Su falta de arrogancia viril y conciente es una hora, un enemigo que lleva en su interior y que le hace la vida negra y desencantada.

El piensa como un fatalista que la felicidad es una carta que no nos llega nunca. Muchas veces creemos poseerla; pero nos sale en blanco. Una verdadera estafa de la vida,

Tiene ante todo nuestro personaje, psicológicamente, un principio de universalidad. Porque yo creo que así como se nace parisiense en Nicaragua o en la India. (como me parece que dijo Manuel Ugarte,) se nace «Perdido» tanto en New-York, París oTalca.

Existen en la psicología de Lucho Bernales, principalmente en su niñez y adolescencia, tantos aspectos análogos a los nuestros de esa época de la vida, que podemos seguir perfectamente el proceso deductivo de sus situaciones hasta el desenlace de ellas, apartando nuestro razonamiento en el momento en que el carácter débil, tímido, del protagonista resuelve, de manera opuesta a la nuestra, sus episodios cotidianos y sus pequeñas y trascendentales tragedias interiores. Seguimos, compenetrados firmemente con el «Perdido», la trayectoria triste que su espíritu describe desde los primeros años apacibles, cuando las manos de Mamá Rosario eran un blando cabezal para sus fantasías muchachiles y la palabras de Papá Juan una música de ilusión que ritmaba la belleza de vivir y hacía bondadosos a los hombres. De la niñez de Lucho Bernales fluye una tranquila sensación de melancolía, algo como el recuerdo de una niña que conocimos cuando éramos pequeños y que hoy es mujer en la muerte.

Ya en su adolescencia empieza a intensificarse la onda del fracaso espiritual y del práctico. Circunda la cabeza del «Perdido» como un halo

de fatalismo que lo envuelve. Es un bueno que nació vencido por los audaces y los con carácter. Lleva en el rostro, en los ojos, ese aire dulce de vaga bondad y simpatía que atrae a las vírgenes y las prostitutas con sus maravillosas intuiciones de mujer que buscan un aliado a quien dominar las primeras, y con quien desquitarse de pasadas esclavitudes masculinas, las segundas. Al fin, Barrios, hace desaparecer su personaje, en un plano inclinado que seguramente lo lleva a la muerte anticipada de esos hombres dolientes y sonámbulos que van por la vida, perdidos en una niebla triste y dolorosa de noche sin aurora.

Fluye de la novela de Eduardo Barrios un estremecimiento de vida y un amor de humanidad. Y después de todo: la exégesis del temperamento de Lucho Bernal, la defensa de su inculpabilidad (que indirectamente hace el autor) os reconcilia, lector, con muchos de los perdidos que caminaron a vuestro lado y a los que con seguridad muchas veces atacastes injustamente.

LAUTARO GARCÍA.

EL SALON DE OTOÑO

Se ha abierto, tardíamente este año, el Salón de Otoño a los artistas que acuden a dejar allí una nota de emoción desprendida del fervor lírico y encendido de su arte. Las hermosas impresiones de las tardes grises, los días de sol doliente que ilumina los senderos inesperados, la sinfonía cromática de las hojas otoñales, que retienen el último aliento del sol, el éxtasis sereno de los árboles *envueltos en la atmósfera borrosa, húmeda*, la meditación fragante de los *parques y de los jardines*, la armonía de los días otoñales con el albor deslumbrante de los crepúsculos y la luz extenuante y lívida de las tardes grises, en que se armonizan en una sencillez trasparente los matices finos y diáfanos de la atmósfera, han dado al Salón sugerencias de Otoño.

*
* *

Los maestros jóvenes: Jerónimo Costa

Jerónimo Costa presenta un grupo de telas que revelan a un pintor de visión y a un temperamento fluido, armonioso y sereno a través de la complejidad visionaria del artista. En su cuadro *Casa de Campo* (N.º 11) la sensación de realidad es tan fuerte que uno pierde el espíritu de espectador de una obra de arte, de una tela y, sin darnos cuenta, la emoción del pintor hace vibrar en nosotros la belleza del natural, intensamente, incorporándonos a la vida de la obra misma. Y esto realizado humildemente, sin asombrarnos con rebuscas efectistas de técnica, de pinceladas arrogantes o por contraposiciones teatrales del claro obscuro. El pincel solo ha retenido la valorización precisa del color a través de la brumosisidad de la atmosfera, los diversos planos se han pintado sin exajerar el color, sin definir intensamente las grandes masas para atraerlas o debilitándolas para alejarlas con la malicia de un pintor tramoyista. (*Colinas* N.º 2) La armonía transparente de la luz y de los tonos secundarios, se ha diafanizado por la atmósfera que ha fundido; suavizado los diversos tonos, dando la emoción precisa de abismo, de lejanía y de realidad. La perspectiva lejana de los horizontes y de las colinas sencillas y ondulantes, ha llegado a los ojos del pintor en su más leve vibración y el pincel, a través de la brisa y de la atmósfera, ha sentido la valorización sutil de los matices más finos, que han llegado al espíritu del artista, como un roce de alas impal-

pables y los ha retenido en la tela en el toque liviano, preciso de las pinceladas. El sol, a través de la bruma llega cansado de cruzar la lejanía; se fija pálidamente, en los viejos muros en que la pátina del tiempo milenario va predicando la emoción desconsolada de las cosas agonizantes en la palidez sombría de los colores musgosos y envejecidos. (Casa de Campo N.º 11) Y así se impone la obra injenuamente orijinal de Costa. El artista viviente, personal, desaparece en la sencillez orijinal de la técnica de la obra de arte, llega a nosotros solo a través de la espiritualización de su obra: la Naturaleza, puede decirse, nos lo devuelve disperso, compenetrado en ella misma.

*
* *

Los pintores jóvenes

El grupo joven a quién anima la inquietud de una renovación incesante, ha sido este año algo indiferente con el actual Salón de Otoño; solo Barack Canut de Bon, Luna, Mori, Vargas, Gallinato, talvez otros, recuerdan la nota juvenil de los salones anteriores.

Barack presenta un grupo de telas armonicosas y de caracterización, delicadas. De espíritu perezosamente contemplativo, ha despertado medrosamente al clamor de las resonancias extrañas que surgen de las penumbras de las hondanadas y de los valles del Aconcagua y de Los Andes. Su visión, serena y sencilla, del paisaje, ha retenido las líneas fundamentales y, con diestra aptitud de selección artística, dibuja las grandes masas y los diversos planos ampliamente; el paisaje reaparece entónces en sus elementos característicos y envuelto por la fluidez de la atmósfera que vá armonizando los valores, la graduación de los colores, sin que se desvanezca la solidez del dibujo. Esta factura, noblemente sencilla, dá la emoción de abismo a través de la vibración transparente de la atmósfera en sus paisajes de lejanías y de montañas adustas: (Orillas del río Aconcagua (N.º 22; Cordillera N.º 26). Las sombras vaporosas e impregnadas de atmósfera y de humedad se ahondan en los valles y quebradas fundiéndose en las medias tintas de los tonos grises y violáceos con los colores finos, dándole transparencia e espiritualidad al paisaje. (Cerros de Aconcagua N.º 24; Cordillera de San Francisco N.º 29). Barack ha conseguido la sencillez logrando espresar la emoción ardua y compleja del natural, por la virtud de abstracción artística de su perso-

alidad: selecciona, despeja para realzar la belleza en la interpretación del natural y de aquí la sugerencia de sus paisajes que retienen los rasgos característicos, las líneas insinuantes, los detalles de emoción que dan mayor acento y expresión a la realidad.

Pedro Luna, visionario que va buscando siempre algo que huye por los caminos inaccesibles, presenta una impresión vigorosa (Paisaje del sur N.º 69) en que ha logrado retener la espontaneidad del momento que no volverá a repetirse, la fuerza evocadora de la ley fujitiva, los aspectos cambiantes de la atmósfera. Las pinceladas ligeras raspan atrevidamente la tela logrando producir tonos finísimos, grises esfumantes que se entrelazan, se confunden y armonizan caprichosamente entre los toques livianos del pincel que produce delicados arpejos de color.

Luis Vargas, de coloración sutil, agrupa injenuamente sus telas en el salón. La emoción fervorosa de su espíritu interpreta el natural a través del sentimiento que le provoca, consiguiendo dar la emoción desfalleciente de la hora en sus impresiones crepusculares. Su cuadro «Día de lluvia en el campo» evoca la fragancia de las hierbas silvestres que se embriagan en el vaho húmedo y enervante que exhala la tierra mojada.

Y entre el grupo joven, habremos de considerar a Alfredo Araya, Genaro Prieto que huyendo del «trágico cotidiano» dedican sus momentos ilusionados a la pintura.

Alfredo Araya, que pinta ya desde hace algunos años, tiene una facilidad de maestro. Pintor por excelencia, busca el motivo de color y lo reproduce sinceramente dándole calidad a todo lo que pinta. Sus cuadros luminosos, vivientes, buscan la realidad firme, precindiendo del estilizamiento sugerente, emotivo, de otros temperamentos. (Alrededores de Río Bueno N.º 3). Genaro Prieto, en su nueva producción denota que se va separando de la antigua tendencia luminosa de sus patios coloniales y de los efectos del sol crepuscular. La nueva orientación que se va diseñando en él, parece que lo define como un pintor de penumbras evocadoras y de interiores misteriosos y galantes. En este nuevo aspecto logra efectos decisivos en la hermosa impresión «Rincón de Taller». La luz tamizada de la alcoba cae suavemente bañando y fundiendo los objetos en una claridad incierta. Las sombras se esfuman en la atmósfera cálida del taller, los tonos vibran suavemente a través del ambiente manteniendo la suntuosidad y el color aterciopelado de los tapices. Esta tela de exhuberancia de color y de ambiente es la producción más bella del autor. Es verdad que algunos grises de los tapices del fondo del divan se despegan, se salen talvez por falta de precisión del color; pero este de-

talle es casi imperceptible en la hermosa luz que cae provocando una armonía amable en el «Rincón del Taller». El «Ponton», que ya conocíamos, es de riqueza de tonos, de calidad de ejecución. El agua, no obstante estar bien valorizada, de tener transparencia, está un poco pesada, blanda, tal vez debido a cierta uniformidad en las pinceladas vigorosas que le quitan liviandad. El cuadro dá una fuerte sensación de realidad; la silueta del barco flota sobriamente en el agua serena. El pintor, con decidido buen gusto, ha sabido encuadrar con ojo de artista el motivo en la tela.

Quisiéramos haber visto los cuadros de que nos hemos ocupado, en un conjunto en alguna galería o sala de exposición privada, despojada del carácter grave de un Salón oficial en donde las impresiones amables y humildemente sinceras piden la vehemencia y la emoción de los jóvenes artistas.

J. S. L.

CRÓNICAS ESTUDIANTILES

En el Club de Estudiantes

—Al galope! Ligerero!...

—Número, patrón?

—Qué se yo... San Diego, a la entrada...

El «fiacre» enlodado da un tumbo, frente a la puerta de la Federación y se detiene. El provinciano baja, saca sus maletas, se tantea los bolillos de los pantalones: nada! Se espulga el chaleco. Ahí está, arrugado, un billetito de a uno. Tímidamente se lo pasa al cochero y arranca hacia adentro. El cochero llega protestando hasta la mampara. El provinciano se ha escabullido entre un mar de muchachos que juegan al billar, que golpean con los tacos en los tableros y que meten una algazara de los mismos diablos:

—¿Nada más, el cochero?

—Nada más... Al cochero se le hiela: No te parece?

El compañero acepta que al provinciano con quien empezamos la crónica, lo dejemos escondido, pasando el susto, a la derecha en el rincón...

Ahora seguimos simplemente con la vida que se hace alrededor de las mesitas en las que marchan las horas entre un cigarrillo, un vaso de cerveza y una partida de dominó. Así transcurren las noches todas. Así se mueren las tardes después de clases, los días Domingo y festivos.

Los estudiantes que ocasionalmente visitan el Club, se paran ante el mesón, piden a Valdés un añejo o un vaso de chicha y un sandwich, y ojean a la bolsa «La Opinión» y «Las Ultimas».

«De cuando en vez», en las noches de *crisis parlamentaria*, pasa rengueando el Presidente, tosiendo, con su sonrisita fría e infaltable y repitiendo a menudo: «Evidente! Evidente!»

En serio, muy en serio, los estudiantes defienden los intereses de cada sección universitaria... Los oradores se improvisan y llueven los *palos*, ya sobre un profesor de la Escuela de Artes y Oficios, ya sobre un director de la de Bellas Artes.

Un artista protesta.—Es una infamia que un señor, por ser rico y gordo, se atreya a hablar de arte... Angel Pino, que escriba, que escriba... Podrá un *gordo* escribir... Pero un *gordo* no puede hablar de pintura... Sí, Joaquín Díaz que no se ponga contra don Juan Pancho... Miren que don Pancho es el alma, es el espíritu, es la vida de la Escuela...

La muchachada, toda electricizada y convencida por la alocución, prorrumpe en sonoros vivas a don Juan Francisco González. El Presidente agita la campanilla: «Orden, más orden... Así no podemos sesionar». Al fin, todos están de acuerdo y se vuelve a pedir al Ministro la inmediata destitución de Joaquín Díaz...

Labarca, a la cabeza de la muchachada, va a la redacción de los diarios para que se haga público el sentir de los estudiantes. En «La Nación», son muy bien recibidos.

— Al «Mercurio» ahora, dice el Presidente.

— Al «Mercurio» repiten todos, y en marcha.

Son las 11 de la noche. Labarca habla con Armando Donoso. Al terminar la entrevista, le dice al secretario de redacción del gran diario, del cual es redactor el enemigo de los artistas:—Si publican la voluntad de la Federación, bien; si nó, mucho mejor... Probará el Director de la E. de B. A. que tenemos la razón...

El Presidente descende la gradería de mármol. Abajo, los muchachos lo felicitan...

Frente al Congreso, grupos de curiosos esperan impacientes alguna incidencia interesante acerca de la clausura del debate.

Las 12 de la noche. A esa hora, se cierran las puertas del Club de Estudiantes. El desfile se disuelve. Y cada muchacho camina a su casa, con el corazón lleno de optimismo, seguro de su fuerza, de su nobleza, de su ideal. Marcha firmemente como un conquistador...

X. X. X. *

NOTA DE LA REDACCIÓN

La Redacción pide disculpas al público por la presente edición de 64 páginas. Inconvenientes insubsanables de última hora, nos han impedido entregar la edición de 80 páginas prometida.

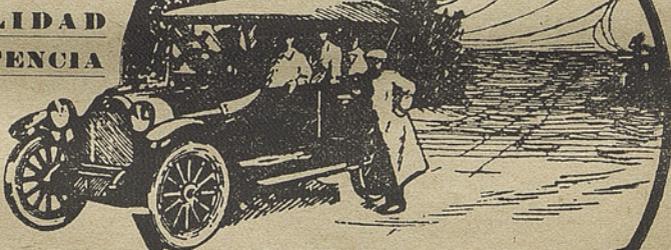
El próximo número que corresponderá con la Fiesta de la Primavera, tendrá, en cambio, 128 páginas, y en él insertaremos el sainete que resulte premiado en el concurso abierto por la Federación para la Velada bufa.

* *

Se hace presente a nuestros colaboradores que no devolveremos originales, publíquense o nó.



CALIDAD
POTENCIA



Marca que Ud.
debe recomen-
dar para hacer
un bien a sus
::: amigos. :::

DISTRIBUIDORES GENERALES

T. ELLIOTT ROUQUE & Cía,
AGUSTINAS 1185

ESTUDIANTES!

**La Sastrería
Avendaño Hnos.**

Ahumada 20 Os ofrece condiciones especiales de precio y de pago.

Ahumada 160 Acudid a ella y quedaréis contentos y vestiréis elegantes.

Estudiantes federados tienen un 5 % de descuento.

La Sud-Americana

Antigua Casa Bertrand y Mandujano.

Grandes Talleres de Grabados
y Calados en Metales.

Fábrica de Timbres de Goma y Metal.

51 - SAN DIEGO - 51

MANDUJANO Hnos.

Especialidad en Planchas Profesionales

MERCERIA
"EL VOLCAN"

Casa Importadora
San Diego 787

GRAN SURTIDO
en todo lo
concerniente al
ramo.

Precios sin competencia

Establecimiento para la Fabricación
de los Sombreros de
LANA, FIELTRO Y PAJA
Emilio Cintolesi y Cía.

Productores de las más acreditadas marcas de la República

Maquinaria modernísima para el FINISAJE más
perfecto de los artículos de Gran Moda.

CANOTIER PAJA INGLESA

CALAÑESES DE PELO

CALAÑESES DE FELPA

FOURLARDS PARA VIAJE

PRIMERAS HONORIFICENCIAS

Superficie de los establecimientos 8,000 mts².—460 operarios
60 empleados—12 agentes vendedores y viajeros.

Exposición de los Muestrarios—CALLE ESTADO N.º 50 (altos)

SASTRERIA
G. LOTTI
San Antonio 555

Ex-Cortador de la Maison

Larsen de París.



BIBLIOTECA NACIONAL



00819476

Puelma y D'Ottone

ALAMEDA 3311

Casilla 3651 - Teléfono Inglés 379, Estación

Ventas por Mayor

—
Carbón de Australia

Carbón Inglés y del País

—
Coke para fundición

Carboncillo para fragua

—
Comisiones en general

Precio: \$ 1.-